haschisch



WALTER BENJAMIN

De la experimentación con la droga que llevaron a cabo Walter Benjamin, Ernst Bloch y los médicos Ernst Jöel y Fritz Fränkel surgieron estas actas y apuntes que constituyen un testimonio extraordinariamente sugestivo de uno de los más grandes pensadores de nuestra era. Hacía tiempo que a Benjamin le preocupaba el tema de la droga.

En una carta a Gerhard Scholem, hablándole de sus planes, le decía: «… quiero ahora enumerar los cuatro libros que designan los verdaderos lugares de ruina y catástrofe, lugares a los que no veo frontera cuando dejo resbalar la mirada sobre mis primeros cuatro años. Se trata de un libro sumamente importante sobre el haschisch. De este último tema no sabe nadie nada, y por ahora debe quedar entre nosotros».



Walter Benjamin

Haschisch

ePub r1.3
Titivillus 15.03.2020

Título original: *Über Haschisch*
Walter Benjamin, 1932
Traducción: Jesús Aguirre
Ilustraciones: Walter Benjamin
Diseño de cubierta: Alfonso Sostres
Ilustración de cubierta: Eduardo Arroyo, *Retrato de Walter Benjamin o la teoría de la cortina de humo* (óleo sobre lienzo, 143 × 81 cm)

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



ÍNDICE

NOTA EDITORIAL

Este volumen recoge los escritos de Walter Benjamin, que tienen por tema la embriaguez por drogas, así como protocolos de intentos también con drogas en los que tomó él parte. Sólo los dos primeros textos fueron publicados en vida del autor. La historia novelada «Myslowitz-Braunschweig-Marsella» apareció en noviembre de 1930 en la revista Uhu*; y en diciembre de 1932 publicó la* Frankfurter Zeitung *con el título de «Haschisch en Marsella» el relato, en parte literalmente coincidente con el anterior, aunque más cercano a los apuntes tomados durante la embriaguez que son su base. Los demás textos fueron rigurosamente inéditos hasta 1972. Cuatro son sus autores: Benjamin, Ernst Bloch, y los médicos Ernst Joël y Fritz Fränkel. Los manuscritos de los protocolos son propiedad del «Archivo Benjamin» que Theodor W. Adorno reunió en Frankfurt.*

Benjamin proyectaba escribir un libro sobre el haschisch. En julio de 1926 escribe, desde Niza, a Gerhard Scholem: «Las formas literarias de expresión que mi pensamiento se ha procurado en los últimos diez años, están determinadas por completo por las medidas preventivas y por los contravenenos que he tenido que oponer a la erosión que continuamente, y a consecuencia de las contingencias, amenaza a mi obra. Y así, muchos de mis trabajos, o no pocos, son victorias en lo pequeño a las que corresponden sin embargo derrotas en lo grande. No hablaré de los planes que tuvieron que quedarse sin realizar, sin que yo los tocase siquiera, pero sí quiero ahora enumerar los cuatro libros que designan los verdaderos

lugares de ruina y catástrofe, lugares a los que no veo fronteras cuando dejo resbalar la mirada sobre mis próximos años. Se trata de "Los pasajes parisinos", los "Ensayos completos sobre literatura", las "Cartas", y un libro sumamente importante sobre el haschisch. De este último tema no sabe nadie nada y por ahora debe quedar entre nosotros».

Las «Notas sobre el crock» son fragmentarias, pero representan el único trabajo inédito de Benjamin acerca de este tema en el que la discusión teórica predomina sobre los apuntes a modo de protocolo. Tampoco pueden ser consideradas estas notas como un resumen de los intentos del autor con drogas; más bien se referirán a un intento determinado que tuvo lugar en 1932 en Ibiza, en casa de Jean Selz. En una carta sin fecha a Gretel Adorno describe probablemente dicho experimento: «Cuando llegó la noche me sentí muy triste. Pero percibía una rara disposición en la que las opresiones internas y externas guardan un equilibrio tan exacto que surge ese temple, en el cual, y tal vez solo en él, somos accesibles al consuelo. Esto nos pareció casi una señal y, tras los largos, precisos y peritos preparativos que hay que llevar a cabo para que nadie tenga que moverse en el curso de la noche, pusimos manos a la obra hacia las dos de la mañana. Aunque no fue ésta la primera vez, sí que era la primera con éxito. Las ayudas, que tanto cuidado reclaman, estaban repartidas entre nosotros de tal modo que cada servidor era a la par servido, y la conversación operaba en esas ayudas como hilos que en un gobelino dan color al cielo o trabajan la batalla que se representa en primer plano. Difícilmente estoy en situación de darle a usted una idea de hacia donde se dirigía esa conversación. Pero si los apuntes que daré en seguida sobre esas sesiones alcanzan un cierto grado de exactitud, y si los uno a otros en el dossier del que usted ya sabe, llegará el día en que con mucho gusto le leeré un poco de todo ello. Hoy he conseguido resultados considerables en la investigación de las cortinas, ya que una cortina nos separaba del balcón que da a la ciudad y al mar».

Los protocolos están ordenados cronológicamente: textos de Benjamin junto a notas redactadas por Bloch, Joël y Fränkel. En algunos casos no ha podido averiguarse con seguridad quién es el autor del protocolo en cuestión. Se ha conservado la peculiaridad de estos apuntes, tomados en general bajo los efectos de la embriaguez o dictados en el estado cronológicamente inmediato al influido por la droga.

Por último, sabemos muy bien que el Diccionario de la Lengua Española *reconoce el término «hachís». Empleamos, sin embargo, la ortografía con «sch», que fonéticamente nos parece sugerir mejor el viaje a otros «paraísos». En cambio, «hachís» nos recuerda en la pronunciación invariable, grotescamente los apuros del estornudo.*

MYSLOWITZ-BRAUNSCHWEIG-MARSELLA

HISTORIA DE UNA EMBRIAGUEZ DE HASCHISCH

Esta historia no es mía. Si el pintor Eduard Scherlinger, a quien, la noche que la contó, viera por primera y por última vez, era o no un gran narrador, es algo que prefiero dejar de lado, porque gustan de adjudicarle a uno una historia precisamente cuando se ha aclarado que se trata sólo de una repetición fiel. La escuché en uno de los pocos lugares clásicos que tiene Berlín para narrar y oír, una noche en Lutter & Wegener. Era grato estar sentado alrededor de la mesa redonda en nuestra pequeña tertulia, pero la conversación flotaba hacía ya tiempo y vivía solo raquíticamente, de manera ahogada, en grupos de dos o de tres que no se hacían caso unos a otros. Y entonces mi amigo, el filósofo Ernst Bloch, dejó caer en un contexto, del que jamás llegué a enterarme, la siguiente frase: que no hay nadie que no haya estado por una vez en su vida a un palmo de hacerse millonario. Nos reímos. Y tomamos la frase por una de sus paradojas. Pero ocurrió entonces algo extraño. Al comenzar a ocuparnos con más ganas y más dilatadamente de su afirmación, al discutirla, nos fuimos poniendo uno tras otro cavilosos y llegamos al punto en que veíamos haber rozado cada cual en su vida muy de cerca los millones. De las varias, curiosas historias que salieron a la luz entonces procede la del desaparecido Scherlinger, y yo la repito en lo posible con sus propias palabras.

Cuando tras la muerte de mi padre —comenzó— me vino a las manos una fortuna no pequeña, precipité mi viaje a Francia. Era feliz sobre todo por conocer, antes de que acabasen los años veinte, Marsella, la ciudad de Monticelli, a quien en mi arte se lo debo todo; más vale callar sobre otras cosas para las que me sirvió a la sazón Marsella. Dejé mi fortuna en el pequeño banco privado que durante

años había aconsejado a mi padre satisfactoriamente y a cuyo joven jefe, aunque no era amigo mío, conocía muy bien. Accedió de modo categórico a vigilar con toda atención mi depósito durante el largo tiempo de mi ausencia y a notificarme sin demora si se presentaba una ocasión favorable para invertir. «Basta con que nos dejes", concluyó, «una contraseña». Le miré sin entender. «Es que nosotros sólo podemos, explicó, «llevar a cabo operaciones por vía telegráfica, si nos protegemos al hacerlo contra los abusos. Supón que te telegrafiamos y que el telegrama llega a manos inadecuadas. Nos protegemos contra las consecuencias al convenir contigo un nombre secreto, con el que firmes, en lugar de hacerlo con el tuyo, tus órdenes telegráficas». Lo entendí y me quedé perplejo por un momento. Porque no es tan sencillo escurrirse de pronto, como en un traje, en un nombre extraño. Hay miles y miles dispuestos; pensar lo indiferente que es cualquiera de ellos paraliza la elección, y más aún la paraliza un sentimiento —tan escondido, sin embargo, que apenas se hace idea: qué imprevisible es la elección y qué graves son sus consecuencias. Igual que un jugador de ajedrez que se ha apresurado y que preferiría dejarlo todo como estaba, pero que termina, obligado por su turno, moviendo una pieza, así dije yo: «Braunschweiger». No conocía a nadie de ese nombre, y ni siquiera la ciudad de la que se deriva.

Hacia el mediodía de una jornada muy pesada de julio llegué a Marsella, en la estación Saint-Louis, tras cuatro semanas de estancia en París. Unos amigos me habían indicado el Hotel Regina, no lejos del puerto; me faltó tiempo para alojarme allí una vez comprobados la lámpara de la mesilla de noche y los grifos del lavabo. Me lancé entonces a la calle. Como era mi primera visita a aquella ciudad, me acoplé a mis reglas de viaje; a diferencia de los pasajeros habituales que, apenas llegados, se apresuran despreocupados por el centro urbano desconocido, me informé antes que nada acerca de los barrios de extrarradio, de la periferia de la población. En seguida me di cuenta de que valía la pena ir a contracorriente. Nunca me había dado tanto una primera hora como

aquella que pasé entre dársenas y astilleros, almacenes, acantonamientos de la pobreza, asilos desparramados de la miseria. Las afueras son el estado de excepción de la ciudad, el terreno en el que ininterrumpidamente se desencadena la batalla que decide entre la ciudad y el campo. En ninguna otra parte es más acerba que entre Marsella y la región provenzal. Es la lucha cuerpo a cuerpo de los postes de telégrafo contra las pitas, de los alambres contra las puntiagudas palmeras, de los vapores de fétidos pasillos contra la sombra húmeda de los plátanos que proliferan en las plazas, de las escalinatas que cortan el aliento contra colinas poderosas. La larga Rué de Lyon es el reguero de pólvora que Marsella ha abierto en su campo para hacer que éste estalle luego en Saint-Lazare, Saint-Antoine, Arenc, Septèmes, desparramándose como cascos de granada de lenguas de todos los pueblos y comercios: Alimentation Moderne, Rue de Jamaïque, Comptoir de la Limite, Savon Abat-Jour, Minoterie de la Campagne, Bar du Gaz, Bar Facultatif. Y sobre todo ello el polvo que se aglomera entre sales marinas, cal y mica. Se sigue entonces por el último muelle, utilizado únicamente por los más grandes transatlánticos, bajo los rayos punzantes de un sol que se pone poco a poco, entre los fundamentos amurallados de la antigua ciudad, colinas desnudas a la izquierda, canteras a la derecha, hasta el descollante Pont Transbordeur, que cierra el puerto viejo, cuadrilátero que los fenicios, como si fuese una gran plaza, restringieron al mar. Si hasta tal punto había recorrido a solas mi camino en los arrabales más populosos, me sentí desde entonces imperiosamente alineado en la comitiva de marineros festivos, de obreros portuarios que vuelven al hogar, de amas de casa que dan un paseo, comitiva repleta de niños que evoluciona ante cafés y bazares para perderse paulatinamente en calles laterales y alcanzar sólo en algunos marinos y paseantes, como yo lo era, las grandes arterias urbanas, las calles de los comercios, de la bolsa, de los forasteros, la Canebière. A través de todos los bazares se traza, desde uno a otro cabo del puerto, la cordillera de los *souvenirs*. Potencias sísmicas

han almacenado esa masa de vidrio, de conchas, de esmalte, en la que se entrelazan tinteros, vapores, anclas, columnas de mercurio, sirenas. A mí me hacía el efecto de que aquella presión de miles de atmósferas, bajo la cual se escalona, encabrita y apremia todo un mundo de imágenes, era la misma fuerza que en las manos de los marineros experimenta, tras un largo viaje, en los senos y las caderas femeninas, la misma voluptuosidad que de una caja de conchas extrae un corazón de terciopelo rojo o azul para acribillarlo luego con agujas o alfileres, la misma que conmueve las callejuelas el día de paga. Tiempo hacía que, con estos pensamientos, había dejado atrás la Canebière; sin haber visto gran cosa, había paseado bajo los árboles de la Allée de Meilhan y junto a las ventanas enrejadas del Cours Puget hasta que, por último, el azar, que siempre se ha hecho cargo de mis primeros pasos en una ciudad, me llevó al pasaje de Lorette, cámara mortuoria de Marsella, patio estrecho en el que el mundo entero parece encogerse como una tarde dominguera en presencia de algunos hombres y mujeres adormilados. Cayó sobre mí algo de la tristeza que todavía hoy amo tanto en la luz de los cuadros de Monticelli. Creo que en horas semejantes se le imparte al forastero que las vive algo que sólo perciben los antiguos residentes. Porque la niñez es la que encuentra la fuente de la melancolía, y para conocer la tristeza de ciudades tan gloriosas y radiantes es preciso haber sido niño en ellas.

Haría un bonito atavío romántico, dijo Scherlinger sonriendo, si describiese ahora cómo en el puerto, en cualquier taberna de mala nota en la ciudad, llegara al haschisch por medio de un árabe que bien hubiese podido ser cargador o fogonero en un buque mercante. Pero no puedo ponerme ese atavío, ya que quizá me parecía más a esos árabes que a los forasteros que se encaminan a tales tabernas. Por lo menos en algo: en que había llevado conmigo haschisch para el viaje. No creo que fuese el deseo subalterno de escapar a mi tristeza el que, allá arriba, en mi cuarto, me indujera hacia las siete de la tarde a tomar haschisch. Más bien fue la

tentativa de someterme por entero a la mágica mano con la que la ciudad me había tomado suavemente por el cuello. No me acerqué a la droga, según ya dije, como un novicio, pero ya fuese porque en casa me deprimo casi diariamente, o porque no tengo allí apenas compañía, o porque aquellos sitios son inadecuados, el caso es que jamás hasta entonces me había sentido acogido en esa comunidad de experimentados cuyos testimonios, desde *Los paraísos artificiales* de Baudelaire hasta *El lobo estepario* de Hermann Hësse, me resultaban todos familiares. Tumbado en la cama, leía y fumaba. Enfrente, en la ventana, tenía muy por debajo de mí una de las calles negras y estrechas del barrio del puerto que son como la huella de un tajo de cuchillo en el cuerpo urbano. Disfrutaba así de la certeza incondicional de permanecer todo yo cobijado en mis ensoñaciones, sin que nadie me estorbase en una ciudad de cientos de miles de habitantes entre los que no me conocía ninguno. Pero el efecto se hizo esperar. Habían pasado tres cuartos de hora, y comenzaba a desconfiar de la calidad de la droga. ¿O es que la había guardado demasiado tiempo? De repente llamaron con fuerza a mi puerta. Nada me resultó más inexplicable. Me aterré mortalmente, pero no hice ningún gesto de abrir, sino que me informé de qué se trataba, sin alterar en lo más mínimo mi postura. El criado: «Un señor quiere hablarle». «Hágale subir», dije; me faltó presencia de ánimo o valor para preguntar por su nombre. Me quedé apoyado en los postes de la cama, latiéndome el corazón con prisa y con los ojos fijos en la rendija de la puerta abierta. Hasta que surgió en ella un uniforme. «El señor» era un repartidor de telegramas.

«Proponemos comprar viernes primer cambio 1000 royal dutch telegrafíe acuerdo».

Miré al reloj y eran las ocho. Al día siguiente podía llegar muy temprano un telegrama a las oficinas en Berlín de mi Banco. Despedí al cartero con una propina. Empezaron a alternarse en mí la inquietud y el descontento. Inquietud, porque se me cargase precisamente ahora con un negocio, con un asunto; descontento,

porque seguía sin presentarse efecto alguno. Me pareció lo más prudente ponerme en seguida en camino hacia Correos que, como sabía, estaba abierto para telegramas hasta medianoche. Quedaba fuera de toda duda que tenía que asentir, tal era la manera concienzuda con que me aconsejaba mi hombre de confianza.

Un poco, sin embargo, me preocupaba la idea de que llegase a olvidar la consigna acordada caso de que, contra lo que esperaba, el haschisch empezase a hacerme efecto. Por tanto, era mejor no perder tiempo. Mientras bajaba la escalera recordé la última vez que había tomado haschisch —era hacía varios meses— y cómo no había podido saciar el hambre devoradora que luego, más tarde, me sobrecogió en mi cuarto. De cualquier manera, me pareció prudente comprar una tableta de chocolate. Desde lejos me hizo guiños un escaparate con bomboneras, papeles de plata reluciente y golosinas apiladas. Entré en la tienda y me quedé desconcertado. No se veía a nadie. Pero esto me sorprendió menos que las extrañísimas poltronas a cuya vista tuve que reconocer de buen o de mal grado que en Marsella se bebe el chocolate en sitiales encumbrados que generalmente parecen como sillones quirúrgicos. Del otro cabo de la calle vino entonces corriendo el propietario vestido de un blusón blanco, y tuve el tiempo justo para hurtarme, riendo a carcajadas, a sus ofrecimientos de afeitarme o cortarme el pelo. Sólo en ese momento me di cuenta de que el haschisch ya había empezado desde antes a hacer lo suyo, y mis propias risotadas hubiesen bastado como advertencia de no haberme informado al respecto la transformación de las polveras en bomboneras, de los estuches niquelados en tabletas de chocolate, de las pelucas en tartas. Puesto que la embriaguez comienza con tales carcajadas o con una risa más queda, más íntima, y por lo mismo más dichosa. Y lo reconocí también en la infinita dulcedumbre del viento que movía los flecos de los toldos del lado de enfrente de la calle.

En seguida cobraron vigencia las pretensiones que sobre el tiempo y el espacio tiene el comedor de haschisch. Es sabido que son absolutamente regias. Para el que ha comido haschisch,

Versalles no es lo bastante grande y la eternidad no dura demasiado, y en el trasfondo de estas inmensas dimensiones de la vivencia interior, de la duración absoluta y de un mundo espacial inconmensurable, se detiene, con una risa feliz un humor maravilloso, tanto más grato cuanto que todo ser resulta ilimitadamente cuestionable. Sentía además una ligereza y una determinación en el paso que convertían el irregular piso de piedra de la gran plaza que atravesaba en suelo de un camino vecinal por el que, tal un fornido caminante, marchaba de noche. Pero al final de esa gran plaza se alzó un edificio feo, simétrico, con un reloj iluminado en la fachada central: Correos. Que es feo, lo digo ahora; entonces no me lo hubiese parecido en absoluto. Y no sólo porque, cuando hemos tomado haschisch, nada sabemos de fealdad, sino, sobre todo, porque despertó en mí un hondo sentimiento de gratitud, ese edificio de Correos oscuro, expectante, que me esperaba a mí, dispuesto en todas sus cámaras y cofres a acoger y transmitir la inapreciable conformidad que iba a hacer de mí un hombre rico. No podía apartar de él mi vista; sentía incluso cuánto se me escaparía si, por acercarme demasiado a él, dejase de ver el conjunto y, sobre todo, la luna luminosa del reloj. En la oscuridad resbalaron, exactamente en su lugar, las sillas y las mesas de un pequeño bar de verdadera mala nota. Estaba lo bastante lejos del barrio de los apaches, aunque no se sentasen en él los burgueses, a lo sumo un par de familias tabernarias del vecindario junto al proletariado de los muelles. Me senté en aquel pequeño bar. En aquella dirección era éste el último que me quedaba de los accesibles sin peligro, de los que, en la embriaguez, hubiese medido con la misma seguridad con la que, hondamente cansado, llenaría un vaso de agua hasta el mismísimo borde sin derramar una sola gota, tal y como jamás se logra con los sentidos frescos. Pero apenas me sintió reposado, empezó el haschisch a poner en juego su hechizo con una virulencia tan primitiva que nunca volví a experimentarla, y que tampoco había experimentado antes. A saber, me convirtió en un fisónomo. Yo, que normalmente me siento incapaz de reconocer a amigos lejanos, de

retener en la memoria los rasgos de un rostro, me puse lo que se dice a devorar los rostros que tenía alrededor y que por regla general hubiese evitado por dos razones: por no desear atraer sobre mí sus miradas y por no soportar su brutalidad. Comprendí entonces de pronto cómo a un pintor —¿no le sucedió a un Leonardo y a muchos otros?— puede la fealdad parecerle el verdadero depósito de la belleza, mejor aún el guardián de su tesoro, la montaña partida con todo el oro de lo bello dentro relumbrando entre arrugas, miradas, rasgos. Me acuerdo especialmente de un rostro masculino vulgar, de una animalidad sin límites, en el que me conmovió de súbito la «arruga de la renuncia». Fueron, sobre todo, rostros masculinos los que me embelesaron. Empezó en seguida un juego que se mantuvo largamente: en cada cara nueva surgía ante mí un conocido; con frecuencia sabía el nombre, pero a menudo no; la ilusión se desvaneció como se desvanecen las ilusiones en sueños, a saber, sin vergüenza ni compromiso, sino en paz y amigablemente como algo que ha cumplido con su obligación. Mi vecino, sin embargo, por su aspecto un burgués medio, cambiaba constantemente la forma, la expresión y el empaque de su rostro. Su corte de pelo y unas gafas de montura negra le hacían ahora amable, luego severo. Le dije que no podría cambiar tan deprisa, pero siguió haciéndolo. Tenía ya tras sí muchas vidas, cuando se convirtió de pronto en un alumno de segunda enseñanza en una pequeña ciudad oriental. Tenía un cuarto de estudio bonito, bien puesto. Me pregunté: ¿de dónde le viene tanta cultura a este muchacho? ¿Qué será de su padre? ¿Comerciante en paños o representante de grano? De repente supe que estaba en Myslowitz. Alcé la vista y vi totalmente al fondo de la plaza, no, más lejos, al término de la ciudad, la escuela de Myslowitz —y su reloj que estaba parado, que no andaba hacia adelante y que marcaba poco más de las once. La clase tenía que haber empezado. Me sumergí por entero en esta imagen Y no encontré fondo. Las gentes que un momento antes —¿o hacía ya dos horas?— me habían atraído tanto, se habían digamos que esfumado. Le daba vueltas a la frase

siguiente: «De siglo en siglo se hacen las cosas más extrañas». Me retraía a beber el vino. Era una media botella de Cassis, un vino seco que había encargado. Un trozo de hielo nadaba en la copa. No sé por cuánto tiempo perseguí las imágenes que lo habitaban. Pero cuando miré de nuevo hacia la plaza, vi que tenía propensión a modificarse con cada uno que la atravesaba, como si le compusiera éste una figura que, bien entendido, nada tiene en común con su manera de verla, sino más bien con el panorama que los grandes retratistas del siglo diecisiete hacen que destaque, según el carácter del personaje, de la galería con columnas o de la ventana ante las que le colocan.

Súbitamente me desperté sobresaltado de mi hondísimo recogimiento. Todo estaba claro en mí, y sólo sabía una cosa: el telegrama. Había que expedirlo inmediatamente. Para permanecer por completo despierto encargué un café solo. Empezó entonces a pasar media eternidad hasta que apareció con la taza el camarero. La cogí con avidez, y el aroma ascendió por mi nariz, pero a menos de un palmo de los labios se detuvo de repente mi mano —¿para asombro mío o por asombro, quién podrá saberlo? En un mismo momento adiviné el apresuramiento instintivo de mi brazo, caí en la cuenta del aroma seductor del café, y sólo entonces se me ocurrió que dicha bebida hace que el mascador de haschisch llegue disfrutándolo al punto culminante: esto es, que acrecienta el efecto de la droga como ninguna otra cosa. Por eso quise detenerme, y me detuve. La taza no tocó la boca. Pero tampoco tocó el tablero de la mesa. Y así permaneció ante mí, flotando en el vacío, sostenida por mi brazo que comenzaba a perder sensibilidad y que, entumecido, como muerto, la empuñaba como si fuese un emblema, un hueso santo o una piedra sagrada. Mi mirada se posó sobre las arrugas que hacia mi pantalón de playa blanco. Las reconocí; eran las arrugas del albornoz. Mi mirada se posó sobre mi mano. La reconocí; era una mano morena, etíope, y mientras que mis labios seguían severamente cerrados, pegados uno a otro, negándose a la palabra y a la bebida, trepó hacia ellos desde dentro una sonrisa,

una sonrisa orgullosa, africana, sardanapálica, la sonrisa de un hombre que está a punto de calar el decurso del mundo y todos los destinos, sin que en las cosas y en los nombres haya ya para él misterio alguno. Me vi sentado allí moreno y silencioso. *Braunschweiger*[1]. Se había abierto el sésamo de ese nombre que debía albergar en su interior todas las riquezas. Sonriendo con una compasión infinita tuve que pensar por vez primera en los habitantes de Braunschweig, que pasan su vida estrechamente en su pequeña ciudad centroalemana y que nada saben de las virtudes mágicas depositadas en ellos con su nombre. En ese momento, las torres de todas las iglesias de Marsella me parecieron con sus campanadas de medianoche un coro de festiva confirmación.

Se hizo oscuro y cerraron el bar. Paseé a lo largo del borde del muelle, leyendo uno, tras otro los nombres de los botes que estaban amarrados allí. Un alborozo incomprensible me sobrecogió entonces y me estuve riendo de la serie de nombres de muchachas francesas. Marguerite, Louise, Renée, Ivonne, Lucille —el amor prometido a botes con sus nombres se me antojaba maravilloso, bello, conmovedor. Junto al último había un banco de piedra. «Banco", me dije) y desaprobé que no firmase sobre fondo negro con caracteres dorados. Esta fue la última idea clara que tuve esa noche. La siguiente me la dieron los periódicos de la mañana cuando me desperté al sol cálido de mediodía en un banco junto al agua: «Alza sensacional en Royal Dutch».

Jamás me sentí, concluyó el narrador, tan bullanguero, tan despejado y tan festivo tras una embriaguez.

Haschisch en Marsella

Advertencia previa

Uno de los primeros signos de que el haschisch comienza a hacer efecto «es un sentimiento sordo de sospecha y de congoja; se acerca algo extraño, ineludible…, aparecen imágenes y series de imágenes, recuerdos sumergidos hace tiempo; se hacen presentes escenas y situaciones enteras; provocan interés por de pronto, a ratos goce, y finalmente, si uno no se aparta de todo ello, cansancio y pena. Queda el hombre sorprendido y dominado por todo lo que sucede, incluso por lo que él mismo dice y hace. Su risa, todas sus expresiones choca con él como sucesos exteriores. Alcanza también vivencias que se avecinan a la inspiración, a la iluminación… El espacio se ensancha, se hace escarpado el suelo, se presentan sensaciones atmosféricas: vaho, opacidad, pesadez del aire; los colores, se vuelven más claros, más luminosos; los objetos son más bellos o más toscos y amenazadores… Todo lo cual no se realiza en una evolución continua, sino que lo típico es más bien un cambio ininterrumpido del estado de vigilia al del ensueño, un permanente ser arrojado y zarandeado, que termina por resultar agotador, entre mundos de consciencia enteramente diversos; este hundirse o emerger puede ocurrir en pleno proceso… De todo ello nos informa el drogado de una manera que la mayoría de las veces se aparta considerablemente de lo normal. A causa del desgajamiento, con frecuencia repentino, de cada recuerdo respecto de lo habido anteriormente se hacen difíciles los contextos; el pensamiento no llega a configurarse en palabra; la situación puede

convertirse en una alegría tan imperiosa que durante minutos el mascador de haschisch no es capaz de nada más que de reír… El recuerdo de la embriaguez es sorprendentemente nítido». «Resulta notable que hasta ahora no se haya elaborado experimentalmente el envenenamiento por haschisch. La mejor descripción de la embriaguez por haschisch procede de Baudelaire en Les Paradis artificiels».[1]

Marsella, 29 de julio. A las siete de la tarde, tras larga vacilación, tomo haschisch. Durante el día había estado en Aix. Con la certeza incondicional de que en esta ciudad de cientos de miles de habitantes, en la que nadie me conoce, no podrá molestárseme, me tumbo en la cama. Y me molesta, sin embargo, un niño pequeño que llora. Pienso que han transcurrido tres cuartos de hora. Pero sólo son veinte minutos… Estoy, pues, tumbado en la cama, leyendo y fumando. Frente a mí la vista sobre el vientre de Marsella. La calle que he visto tantas veces como un corte hecho por un cuchillo.

Abandoné, por fin, el hotel; el efecto me pareció brillar por su ausencia o ser tan débil que podía omitir la prudencia de quedarme en la habitación. Primera estación en el café de la esquina Canebière y Cours Belsunce. Visto desde el puerto a la derecha, por tanto, no el que me es habitual. ¿Y entonces? Sólo el cierto bienestar, la expectación de ver que las gentes vienen a mi encuentro amablemente. El sentimiento de soledad se pierde bien deprisa. Mi bastón empieza a depararme una alegría especial. Me vuelvo tan delicado: temo que pueda dañar a un papel una sombra que cae sobre él. La náusea desaparece. Leo los letreros de los urinarios. No me asombraría que éste y el otro viniesen hacia mí. Pero no lo hacen y tampoco me importa. Me resulta, empero, este lugar demasiado ruidoso.

En seguida cobran vigencia las pretensiones que sobre el tiempo y el espacio hace el comedor de haschisch. Es sabido que son

absolutamente regias. Para el que ha comido haschisch, Versalles no es lo bastante grande y la eternidad no dura demasiado. Y en el transfondo de estas inmensas dimensiones de la vivencia interior, de la duración absoluta y de un mundo espacial inconmensurable, se detiene un humor maravilloso, feliz, tanto más grato cuanto que el mundo espacial y temporal es contingente. Siento ese humor en grado infinito cuando me entero de que ya no se sirve nada caliente en el restaurante Basso. Entretanto tomo acomodo y me siento a la mesa para una eternidad. No por eso fue luego menos fuerte la sensación de que todo aquello era y seguiría siendo resonante, visitado, vivido. Debo anotar cómo encontré mi sitio. Me interesaba la vista sobre el Vieux-Port, vista que se tiene desde los pisos altos. Al pasar por debajo divisé una mesa libre en la terraza del segundo piso. Pero acabé por no llegar más que hasta el primero. La mayoría de las mesas junto a las ventanas estaban ocupadas. Me dirigí entonces a una muy grande que quedaba libre en ese instante. Al tomar asiento me di cuenta de la desproporción: me avergoncé de ocupar una mesa tan grande y atravesé todo el piso hasta el extremo opuesto para tomar un sitio más pequeño que sólo desde allí resultaba visible.

Pero se comía más tarde. Primero el pequeño bar en el puerto. Estaba a punto de volver atrás desconcertado, ya que parecía venir de allí un concierto de orquesta para instrumentos de viento. Pude con todo darme cuenta de que no era otra casa que el clamoreo de las bocinas de los coches. Camino, del Vieux-Port, esa maravillosa ligereza y esa determinación en-el paso que convertían el desarticulado piso de piedra de la gran plaza por la que andaba, en suelo de un camino vecinal por el que, tal un fornido caminante, marchaba de noche. Evité la Canebière a aquella hora, ya que no estaba del todo seguro de mis funciones reguladoras. En aquel pequeño bar del puerto empezó el haschisch a desarrollar su verdadero hechizo canónico con una virulencia tan primitiva como apenas la había vivido yo antes. A saber, me convirtió en un fisónomo, o al menos en un contemplador de fisionomías; viví

entonces algo por completo único en mi existencia: devoraba literalmente los rostros que tenía a mi alrededor y que eran, en parte, de destacada fealdad o rudeza. Rostros que, por regla general hubiese evitado por dos razones: por no desear atraer sobre mí sus miradas y por no soportar su brutalidad. Aquella taberna del puerto era un puesto bastante alejado. (Creo que el último que me quedaba de los accesibles sin peligro, de los que, en la embriaguez, hubiese medido con la misma seguridad con la que, hondamente cansado, llenaría un vaso de agua hasta el mismísimo borde sin derramar una sola gota, tal y como jamás se logra con los sentidos frescos). Suficientemente alejado de la rue Bouterie, pero sin que se sentase en él un solo burgués; a lo sumo un par de familias de la pequeña burguesía del vecindario junto al proletariado de los muelles. Comprendí entonces de pronto cómo a un pintor —¿no le sucedió a un Rembrandt y a muchos otros?— puede la fealdad parecerle el verdadero depósito de la belleza, mejor aún el guardián de su tesoro, la montaña partida con todo el oro de lo bello dentro relumbrando entre arrugas, miradas, rasgos. Me acuerdo especialmente de un rostro masculino vulgar, de una animalidad sin límites, en el que me conmovió, de súbito, la «arruga de la renuncia». Fueron, sobre todo, rostros masculinos los que me embelesaron. Empezó en seguida un juego que se mantuvo largamente: en cada cara nueva surgía ante mí un conocido; con frecuencia sabía su nombre, pero a menudo no; la ilusión se desvaneció como las ilusiones se desvanecen en sueños, a saber sin vergüenza ni compromiso, sino en paz y amigablemente como algo que ha cumplido con su obligación. En estas circunstancias no podría ya hablarse de soledad. ¿Era yo mi propia compañía? Quizá, aunque no tan a las claras. Tampoco sé si algo semejante hubiese podido hacerme feliz. Sino más bien esto otro: me convertí en mi propio alcahuete, el más vivo, el más tierno, el más desvergonzado, y atraía hacia mí las cosas con la seguridad ambigua de quien ha estudiado y conoce a fondo los deseos de su cliente. Empezó a durar una eternidad y media hasta que apareció otra vez el

camarero. O más bien no soportaba yo esperar hasta que apareciese. Me fui al recinto del bar y pagué en la barra. No sé si en aquel local se acostumbraban las propinas. En cualquier otro caso hubiese dado algo. Pero el haschisch me hizo ayer tacaño; por miedo a llamar la atención con extravagancias, conseguí que todos se fijasen en mí.

Así fue en Basso. Encargué de entrada una docena de ostras. Aquel hombre quería saber en seguida lo que encargaría después. Señalé algo corriente. Volvió con la noticia de que ya no quedaba. Divagué entonces en la carta por los alrededores de aquel plato, dando la impresión de querer encargarlos todos uno tras otro, ya que siempre me saltaba a la vista el nombre del de encima, hasta que por fin llegué al primero. Pero aquello no era sólo glotonería, sino cortesía declarada para con los platos a los que no quería ofender al rechazarlos. Abreviando, me quedé con un paté de Lyon. Pastel de león, pensaba, riendo chistosamente, al tenerlo ante mí bien servido en el plato; y luego con desprecio: carne tierna de liebre o de pollo, una de las dos cosas. No se le hubiese antojado inadecuado a mi hambre leonina saciarse con un león. Por lo demás había decidido para mis adentros ir a cualquier otro sitio tras haber terminado en Basso (eran como los diez y media) Para cenar por segunda vez.

Pero primero el camino hasta Basso. Paseé a lo largo del muelle, leyendo uno tras otro los nombres de los botes que estaban amarrados allí. Un alborozo incomprensible me sobrecogió entonces y me estuve riendo de la serie de nombres franceses. El amor prometido a los botes con sus nombres se me antojaba maravilloso, bello, conmovedor. Sólo ante un «Aero II», que me recordaba la guerra aérea, pasé de largo poco amigablemente, igual que en el bar del que venía tuve al final que evitar con la mirada ciertos rostros demasiado desfigurados.

Arriba, en Basso, comenzaron, cuando miraba hacia abajo, los antiguos juegos. La plaza delante del puerto era mi paleta en la cual mezclaba la fantasía los datos locales, experimentando de múltiples

modos, sin exigirse cuentas, tal un pintor que sueña con la paleta. Me retraía a beber el vino. Era una media botella de Cassis. Un trozo de hielo nadaba en la copa. El vino, sin embargo, mezclaba con mi droga de manera excelente. Había escogido mi sitio por razón de la ventana abierta a través de la cual podía pasear mi mirada sobre la plaza oscura. Y al hacerlo una y otra vez, advertí que tenía propensión a modificarse con cada uno que la atravesaba, como si le compusiera éste una figura que, bien entendido, nada tiene en común con su manera de verla, sino más bien con el panorama que los grandes retratistas del siglo diecisiete hacen que destaque, según el carácter del personaje, dé la galería de columnas o de la ventana ante las que le colocan. Más tarde anoté al mirar hacia abajo: «De siglo en siglo se hacen las cosas más extrañas».

Debo aquí advertir en general: la soledad de semejante embriaguez tiene sus lados sombríos. Para hablar sólo de lo físico, hubo un instante en la taberna del puerto en que una violenta presión en el diafragma buscó alivio en una especie de zumbido. Y no cabe duda de que siguió sin despertarse algo realmente bello, diáfano. Pero por otro lado la soledad tiene, a su vez, los efectos de un filtro. Lo que se pone al día siguiente por escrito es algo más que una enumeración de impresiones; con sus hermosos bordes prismáticos la embriaguez contrasta de noche con el día; forma una especie de figura y es más memorable. Yo diría: se encoge y compone la forma de una flor.

Para aproximarnos más a los enigmas de la dicha de esta embriaguez habría que cavilar acerca del hilo de Ariadna. ¡Cuánto placer en el mero acto de desenrollar una madeja! y este placer está profundamente emparentado tanto con el de la embriaguez como con el de la creación. Seguimos adelante; pero no sólo descubrimos los recovecos de la caverna en que nos aventuramos, sino que disfrutamos de la dicha del descubrimiento únicamente al ritmo de esa ventura que consiste en devanar una madeja. ¿No es semejante certeza de una madeja ovillada con mucho arte, y que

nosotros devanamos, la dicha de toda productividad, por lo menos de la que tiene forma de prosa? Y en el haschisch somos criaturas de prosa que gozan en grado sumo.

Resulta más difícil llegar a un sentimiento muy ensimismado de felicidad que se presentó luego en una plaza contigua a la Canebière, allí donde la rue Paradis desemboca en avenidas. Por suerte encuentro en mi periódico la frase siguiente: «A cucharadas se saca siempre lo mismo de la realidad». Varias semanas antes había anotado otra de Johannes V. Jensen que al parecer decía algo semejante: «Richard era un joven que tenía sensibilidad para lo que es igual en el mundo»[2]. Esta frase me había gustado mucho. Me hace ahora posible confrontar el sentido político-racional que le había dado con el mágico individual de mi experiencia de ayer. Mientras que de la frase de Jensen a mi entender resulta que las cosas están, como sabemos, tecnificadas por completo, racionalizadas, consistiendo hoy lo especial sólo en matices, el nuevo atisbo era muy distinto. A saber, no veía más que matices: pero éstos eran todos iguales. Me enfrasqué en el pavimento que tenía ante mí y que, gracias a una especie de ungüento, con el cual diríamos que avanzaba por él, podía ser, precisamente en cuanto lo mismo y sabido, el pavimento parisino. Se habla mucho de ello: piedras por pan. Esas piedras eran ahora el pan de mi fantasía repentinamente hambrienta por saborear lo que es igual en todos los lugares y países. Y, sin embargo, pensaba con un orgullo enorme en que era en Marsella donde me encontraba sentado, ebrio de haschisch; en que muy pocos participaban esa noche en mi embriaguez. Como no era capaz de temer la desgracia, la soledad venidera, me quedaba sólo el haschisch. En este estadio desempeñó su papel la música de un local nocturno cercano cuyos sones había yo seguido. G. pasó de largo junto a mí en un coche de punto. Fue un ziszás, igual que antes de la sombra de los botes se había descolgado de pronto U. en figura de vagabundo portuario y alcahuete. Pero no sólo había conocidos. En el momento del éxtasis más hondo pasaron a mi lado dos personajes —bribones, horteras,

qué sé yo— como «Dante y Petrarca». «Todos los hombres son hermanos». Así comenzó una cadena de pensamientos que no sé ya seguir. Pero su último eslabón era, desde luego mucho menos trivial que el primero y quizás condujera a imágenes de animales.

«Barnabé» se hallaba en un tranvía que se detuvo brevemente ante el sitio en el que yo estaba sentado. Y la triste y desoladora historia de Barnabé no me pareció un mal destino para un tranvía de las afueras de Marsella. Lo que sí resultaba muy hermoso era lo que ocurría a la puerta de la sala de baile. Con pantalones de seda azul y una chaqueta de seda rosa brillante entraba y salía un chino. Era el portero. Por la abertura se entreveía a unas muchachas. No estaba yo de ánimo concupiscente. Sí que era divertido ver a un muchacho salir con una chica vestida de blanco y pensar en seguida: «Acaba de escapársele en camisa y él la recupera. ¡Vaya, vaya!». Me halagaba la idea de estar sentado allí en un centro de libertinaje y «allí» no significaba la ciudad, sino el pequeño lugar, no muy rico en acontecimientos por cierto, en el que me encontraba. Pero los acontecimientos se producían de tal manera que su aparición me tocaba con una varita mágica, y yo me sumía ante ellos en un sueño. En horas semejantes los hombres y las cosas se comportan igual que los accesorios y que los muñecos de saúco que, puestos en cajas de estaño y cristal, se electrifican al roce del vidrio y a cada movimiento adoptan unos respecto de otros las posturas más inusuales.

Llamaba yo varillas de paja del jazz a la música que entretanto sonaba fuerte y se apagaba. He olvidado con qué motivación me permití marcar su ritmo con el pie. Eso va en contra de mi educación, y no ocurrió sin forcejeos interiores. Hubo momentos en los que la intensidad de las impresiones acústicas eliminaba todas las demás. Sobre todo, en el pequeño bar todo desapareció de repente en un ruido no de calles, sino de voces. Y en ese ruido de voces, lo más peculiar era que, de todas formas, sonaba a dialecto. Diríamos que de pronto me pareció que los marselleses no hablasen francés suficientemente bien. Se habían parado en el grado

dialectal. El fenómeno de extrañamiento que esto encierra, y que Karl Kraus ha formulado con la hermosa frase siguiente: «Cuanto más de cerca se mira una palabra, más aparta ella misma la mirada»[3], parece extenderse también a lo óptico. En cualquier caso encuentro entre mis apuntes esta anotación sorprendida: «¡Cómo hacen frente las cosas a las miradas!».

Todo se apagó cuando volví por la Canebière y torcí por último para tomar un helado en un pequeño café del Cours Belsunce. No estaba éste lejos del otro café, el primero de la noche, en el cual la súbita dicha amorosa, que me cayó en gracia al contemplar unos flecos ondulados por el viento, me convenció de que el haschisch comenzaba a actuar. Y al acordarme de aquel estado, me inclino a pensar que el haschisch sabe persuadir a la naturaleza para que nos habilite —de manera egoísta— ese despilfarro de la propia existencia que conoce el amor. Porque si en los tiempos en que amamos se le va nuestra existencia a la naturaleza por entre los dedos (como monedas de oro que no puede retener y que deja pasar para conseguir así lo nuevo), en esta otra circunstancia nos arroja a la existencia con las manos llenas y sin que podamos esperar o aguardar nada.

NOTAS SOBRE EL CROCK

No hay legitimación más eficaz del crock que la conciencia de que con su ayuda nos adentramos de sopetón en ese mundo superficial, encubierto y, en general, inaccesible, que representa el ornamento. Es sabido que nos rodea casi por doquier. Y, sin embargo, ante pocos fracasa tanto como ante él nuestra facultad de percepción. Por el contrario en el crock nos ocupa intensamente su presencia. Y va tan lejos que juguetonamente, con hondo bienestar, agotamos en el ornamento aquellas experiencias que percibimos en la fiebre y en los años de infancia; se levantan sobre dos elementos diversos que alcanzan ambos en el crock su mayor efecto. Se trata, por de pronto, de la multiplicidad de sentidos del ornamento. No hay uno solo que no sea susceptible de ser considerado, por lo menos, desde dos lados diferentes: a saber, como una hechura plana, pero también como una configuración lineal. Sin embargo, la mayoría de las formas que pueden aunarse en grupos muy diversos permiten una pluralidad de configuraciones. Esta experiencia remite por sí sola a una de las peculiaridades más íntimas del crock: a saber, a su disposición incansable para conseguir de una misma circunstancia —por ejemplo, de un decorado o de la pintura de un paisaje— buen número de lados, contenidos, significaciones. En otro lugar ya señalaremos que tal interpretabilidad múltiple, cuyo fenómeno originario es el ornamento, no representa sino el otro lado de la peculiar experiencia de la identidad que abre el crock. El otro rasgo con el que el ornamento sale al paso de la fantasía gusta presentarte al fumador objetos —sobre todo muy pequeños— en

serie. Las filas sin fin en que emergen ante él una y otra vez los mismos utensilios, animalitos o formas de plantas, representan, en cierto modo, proyectos sin configurar, apenas formados, de un ornamento primitivo.

Pero junto al ornamento aparecen ciertas otras cosas del mundo perceptible más trivial que son las que transmiten al crock el sentido y la importancia que les son inherentes. Entre otras, cuentan las cortinas y los encajes. Los visillos son intérpretes para el lenguaje del viento. A cada uno de sus soplos le dan la forma y la sensualidad de las figuras femeninas. Y le permiten al fumador que se enfrasca en su juego disfrutar de todas las delicias que podría ofrecerle una consumada bailarina. Pero si la cortina es calada, será entonces instrumento de un juego mucho más singular. Porque esos encajes le servirán al fumador de alguna manera como patrones que le coloca al paisaje para transformarlo particularísimamente. El encaje somete al paisaje, que aparece tras él, a la moda, un poco como el arreglo de ciertos sombreros somete a la moda el plumaje de los pájaros o la pujanza de las flores. Hay tarjetas postales más bien antañonas en las que un «saludo desde Bad Ems" reparte la ciudad en el paseo del balneario, la estación, el monumento al Emperador Guillermo, la escuela, la loma vecina, cada cosa en su pequeño redondel. Tarjetas semejantes pueden, por excelencia, procurar un concepto de cómo el visillo de encajes ejerce su dominio en la imagen del paisaje. De la cortina intenté deducir la bandera, pero la deducción se me escapó de las manos.

Los colores pueden tener un efecto extraordinariamente fuerte sobre el fumador. Un rincón del cuarto estaba adornado con chales que colgaban de la pared. Sobre un cajón cubierto con un paño de encaje había un par de jarrones con flores. Tanto en las telas como en las flores predominaba el rojo en los más diversos matices. Hice tarde y de repente, en un momento avanzado de la *fête*, el descubrimiento de aquella esquina. Casi consiguió anestesiarme. Por un instante me pareció que mi tarea consistía en descubrir el sentido del color con la ayuda de un instrumental tan incomparable.

Llamé a aquel rincón el *laboratoire du rouge*. Se malogró mi primera tentativa de emprender el trabajo en él. Pero luego, volví a intentarlo. En este momento sólo tengo presente de aquel empeño que se había modificado su planteamiento. Este era más general y abarcaba, sobre todo, colores. Me pareció que lo distintivo en ellos era que poseyesen sobre todo forma, que se identificasen de manera tan perfecta con la materia en la que se manifestaban. Pero al aparecer por igual en lo más diverso —por ejemplo, en la hoja de una flor o en una hoja de papel— se presentaban como mediadores o alcahuetes de los ámbitos materiales; sólo a través de ellos resultaban los más distanciados de dichos ámbitos capaces de fusionarse unos con otros por completo.

II

Una actitud moralizante, que obstruye atisbos esenciales en la naturaleza del crock, ha sustraído también a la atención un lado decisivo de la intoxicación. Se trata del económico. Porque no se afirma demasiado si se dice: un motivo capital de la manía consiste, en muchos casos, en elevar la aptitud del adicto para la lucha por la existencia. Y tal finalidad no es en modo alguno ficticia; más bien se logra de hecho en muchos casos. Lo cual no extrañará a nadie que haya seguido el acrecentamiento de la fuerza atractiva que la droga, con una frecuencia extraordinaria, depara al adicto. El fenómeno es tan indiscutible como ocultos sus motivos. Puede sí, presumirse que la droga, entre las modificaciones que comporta, hace desaparecer una serie de manifestaciones que, más que nada, son un estorbo para el individuo. Falta de amabilidad, ergotismo y fariseísmo son rasgos que sólo raras veces nos encontraremos en el adicto. A ello se añade una virtud sedante de la droga mientras dura su influencia, y no es en dicha virtud el componente menor la convicción de que nada puede competir con la droga en importancia y valor. Todo lo

cual proporciona incluso a naturalezas modestas una soberanía que no poseen de por sí, sobre todo en sus funciones profesionales. Semejante disposición resulta especialmente valiosa para el individuo, ya que no sólo se da a conocer a los demás —en las alteraciones del carácter y máxime de la fisionomía— sino, además, y tal vez hasta en primer lugar, a él mismo, al adicto. Igual que el mecanismo de las inhibiciones se hace valer preferentemente en una voz ronca, áspera, ahogada o tomada, cuyas modificaciones resultan más fáciles de percibir para el que habla y menos para el que oye, así la interrupción de dicho mecanismo se reconoce, viceversa, al menos por parte de la sensibilidad del sujeto, en primera línea por un dominio de la propia voz sorprendente, preciso, venturoso.

La distensión que está a la base de estos procesos es muy probable que no proceda siempre inmediatamente de las drogas. Mas bien en los casos en los que se reúnen varios drogados viene a añadirse otro elemento. A varias drogas les es común la propiedad de acrecentar tan extraordinariamente la satisfacción de convivir con los compañeros, que no es raro que surja en los adictos una especie de misantropía. El trato con otros que no comparten sus prácticas les parece tan inútil como fastidioso. Resulta obvio que no siempre hay que referir dicho encanto al nivel del entretenimiento. Pero, por otro lado, es probable que sea algo más que la desaparición de las inhibiciones lo que dé eso tan especial a las sesiones para muchos de los que las organizan habitualmente. Parece que tiene en ellas lugar algo así como la trabazón de las inferioridades, de los complejos y perturbaciones que se asientan en los diferentes compañeros. Los adictos chupan, por así decirlo, unos a otros los materiales malos de su existencia; operan entre sí —catárticamente. Es evidente que esto va unido a peligros extraordinarios. Pero por otro lado puede explicar esta circunstancia el gran valor, a menudo insustituible, que posee este vicio precisamente para las constelaciones más corrientes de la vida diaria.

El fumador de opio o comedor de haschisch experimenta la fuerza de la mirada chupando cien lugares en un solo sitio.

Sueño mañanero después de fumar. Es, así lo dije, como si la vida hubiese estado encerrada en conserva tal una compota. El sueño, un líquido en el cual hubiera estado dispuesta y que, colmado de todos los aromas de la vida, se derrama ahora.

«Les mouchoirs accrochés au mur tiennent pour moi la place entre torche et torchon».

«Rojo c’est comme un papillon qui va se poser sur chacune des nuances de la couleur rouge».

PROTOCOLOS

I

WALTER BEMJAMIN: *RASGOS CAPITALES DE LA PRIMERA IMPRESIÓN DE HASCHISCH*

1. Se ciernen espíritus (a modo de viñetas) tras mi hombro derecho. Fresco en ese hombro. A este propósito: «Tengo el sentimiento de que en la habitación, además de mí, hay otros cuatro». (Evitar la necesidad de contarse entre ellos.)
2. Explicación de la anécdota de Potemkim[1] aclarando que la sugestión es mostrarte a otro la máscara (del propio rostro, *id est*, del que la muestra).
3. Manifestación extravagante sobre la máscara de éter, que (como es obvio) tiene también boca, nariz, etc.
4. Las dos coordenadas a través de la casa: sótano-piso/horizontal. Gran extensión horizontal de la casa. Serie de habitaciones de las que procede la música. Pero quizá también terror del Corredor.
5. Bienestar ilimitado. Fracaso de los complejos de angustia neurótico-obsesivos. Se abre el «carácter» amable. Todos los presentes se irisan hacia lo cómico. A la par que las auras se interpenetran.
6. Se saca lo cómico no sólo de los rostros, sino también de lo que sucede. Se busca motivo para la carcajada. Quizá sólo por esto se exponga tanto de lo que se ve como «arreglado», como «tentativa»: para poder reírse de ello.
7. Evidencias poéticas en lo fonético: planto en un lugar la afirmación de que, al responder a una pregunta, he usado la expresión «largo tiempo» sólo por medio (digámoslo así) de la

percepción de un largo tiempo en el sonido de ambos términos. Siento esto como evidencia poética.

8. Contexto; distinción. Al reír siente uno cómo le crecen pequeñas alas. La risa y el aleteo son parientes. Se tiene la sensación de lo distinguido entre otras cosas porque se le antoja a uno no estar en el fondo entregándose a nada con hondura: estar moviéndose siempre, por hondo que se penetre, en un umbral. Especie de baile en puntas de la razón.
9. Le sorprende a uno hablar en frases tan largas. Lo cual va unido también a la expansión horizontal y (claro está) a las carcajadas. El fenómeno de los pasajes es también la larga extensión horizontal, quizá combinada con una alineación en una perspectiva exigua, lejana, huidiza. En semejante exigüidad residiría lo que vincula la representación de los pasajes con la risa. (Confr. el libro sobre la tragedia: el poder empequeñecedor de la reflexión)[2].
10. Muy fugazmente surge en un instante de ensimismamiento algo así como una propensión a estilizarse uno a sí mismo, a su propio cuerpo.
11. Desgana por la información. Rudimentos de un estado de rapto. Gran sensibilidad respecto de puertas abiertas, hablar en voz alta, música.
12. La sensación de entender ahora mucho mejor a Poe. Parecen abrirse los portones de entrada a un mundo de lo grotesco. Sólo que no quería entrar.
13. Los tubos de la estufa se convierten en gatos. A la palabra «jengibre», aparece de pronto en lugar del escritorio un puesto de frutas en el que en seguida reconozco (yo) el escritorio. Me acordé de las Mil y una noches.
14. Desganado y torpe para seguir los pensamientos de otros.
15. No se tiene tan seguro como otras veces el sitio que se ocupa en la habitación. Puede de repente parecerle a uno —a mí me ocurrió así fugazmente— toda la habitación llena de gente.
16. Las personas con las que uno tiene que ver (especialmente Joël y Fränkel) son muy propensas a transformarse un poco,

no diría yo que a hacerse extrañas, ni tampoco a seguir siendo familiares, sino algo así como a parecerse a extraños.

17. Me parecía: desgana expresa de conversar sobre cosas de la vida práctica, futuro, fechas, política. Se está encadenado a la esfera intelectual igual que, a veces, los obsesos a la sexual; nos chupa.
18. Después, con Hessel en el café. Pequeña despedida del mundo de los espíritus. Hacen señas.
19. La desconfianza respecto de la comida. Un caso especial y muy acentuado de la sensación que se tiene respecto de muchos: «¡No es verdad que tengas esa pinta!».
20. El escritorio de Hessel se transforma por un segundo, cuando habla de «jengibre», en un puesto con frutas.
21. Pongo en relación las carcajadas con la extraordinaria vacilación en las opiniones, dicho más exactamente, depende entre otras cosas de un gran despego. Además esa inseguridad, que es posible que llegue hasta a la afectación, es, en cierto modo, una protección hacia afuera de la sensación interna de cosquilleo.
22. Resulta sorprendente que con bastante impulsividad, en fuerte resistencia, se habla libremente de las razones inhibitorias que residen en la superstición, etcétera, y que en otros casos sólo se nombra con dificultad.

    En una elegía de Schiller se dice: «Las dubitativas alas de la mariposas»[3]. Para la relación de sentirse alado con la sensación de la duda.
23. Se anda por los mismos caminos del pensamiento que antes. Sólo que parecen sembrados de rosas.

II

WALTER BEMJAMIN: *RASGOS CAPITALES DE LA SEGUNDA IMPRESIÓN DE HASCHISCH*

Escrito el 13 de enero de 1928, por la tarde, a las tres y media

El recuerdo es menos rico, a pesar de que el ensimismamiento era menor que la vez anterior. Dicho con precisión, yo estaba menos ensimismado, pero si más dentro. Las partes exóticas, extrañas, turbias, de la embriaguez se apegan más al recuerdo que las luminosas.

Me acuerdo de una fase satánica. Se hizo determinante para mí el rojo de las paredes. Mi risa cobró rasgos satánicos: pero más la expresión del saber satánico, de la suficiencia satánica, del reposo satánico que la de la acción satánica-destructiva. Acrecenté el acoplamiento de los presentes en el cuarto; se volvió este más aterciopelado, más llameante, más oscuro. Nombré a Delacroix.

La segunda percepción muy fuerte fue el juego con el cuarto de al lado. En general, se empieza a jugar con espacios. Surgen seducciones del sentido de la orientación. Lo que en estado de vigilia sólo se conoce como desplazamiento muy desagradable provocado de manera espontánea al imaginarse, viajando de noche en un tren y sentado en dirección contraria, que se viaja sentado en la dirección del tren (o viceversa), eso mismo se experimenta aquí como seducción, pero traducido del movimiento a la quietud.

El espacio se disfraza ante nosotros, se va poniendo, tal un ser tentador, los trajes de los estados de ánimo. Experimento la sensación de que en el cuarto vecino podrían haberse desarrollado tanto la coronación imperial de Carlomagno como el asesinato de Enrique IV, la firma del tratado de Verdun o el asesinato de Egmont. Las cosas, no son más que maniquís e incluso los grandes momentos de la historia universal son sólo trajes bajo los que se truncan las miradas de la conformidad con la nada, con lo inferior, con lo trivial. Responden a los guiños ambiguos del Nirvana.

No estar en absoluto metido en esa conformidad es lo que constituye esa «suficiencia satánica» de la que hablaba antes. Aquí reside también la raíz de la afición: ahondar sin límites, aumentando la dosis, la complicidad con el no ser.

Quizá no sea engañarse a sí mismo decir que en este estado se padece una aversión contra el espacio libre, por así decirlo uránico, que convierte en casi un tormento la idea de «afuera». No se trata, como la vez anterior, de un amable, sociable quedarse en el cuarto por temor de la situación tal y como es, sino que se ha hilado, se ha tejido una espesa tela de araña en la que el acontecer mundial cuelga esparcido como esquilmados cuerpos de insectos. No quiere uno apartarse de esta cueva. También se forman rudimentos de un comportamiento enemistoso respecto de los presentes, miedo de que le estorben a uno, de que puedan arrastramos fuera.

Pero esta embriaguez, a pesar de su base depresiva, tiene un resultado catártico que, si no es el último y venturoso, no está desde luego desprovisto de gracia e ingenio. Que éstos se produzcan solo al decaer ese efecto que más claramente caracteriza al contexto de la depresión, podría probar en determinadas circunstancias que el refuerzo de la dosis tiene parte en el carácter depresivo!

Doble estructura de esta depresión: en primer lugar miedo y luego irresolución en una cuestión práctica. Domino dicha irresolución: de pronto rastreo un momento muy escondido de una tentación obsesiva, y con ello gano la posibilidad de hacerle alguna concesión (con la perspectiva de eliminarla).

He colocado el hambre como eje torcido en el sistema de la embriaguez.

La gran esperanza, la propensión, el anhelo de acercarse en la embriaguez a lo nuevo, a lo intacto, apenas puede esta vez lograrse en el rápido aleteo, sino más bien cuesta abajo, en una peregrinación ensimismada, relajada, ociosa, perezosa. En esa cuesta abajo se cree desarrollar todavía alguna amabilidad, algunos atractivos; se cree llevar consigo a amigos con una risa perfilada de oscuro, siendo *traducens* Lucifer a medias y a medias Hermes, ya no el espíritu y el hombre de la última vez.

En esta embriaguez menos hombre y más *daimon* y *pathos*.

Se acrecienta la molesta simultaneidad de la necesidad de estar a solas y de querer permanecer junto con los otros, una sensación a la que habría que seguir la pista y que se manifiesta en un hondo cansancio. Se siente que el abandono al guiño ambiguo del Nirvana sólo es posible muy a solas y en profunda calma, y se necesita, sin embargo, la presencia de los otros como figuras en relieve que se desplazan quedamente en el pedestal del propio trono.

Esperanza como almohadón que se pone uno debajo, pero sólo ahora, obrando en consecuencia.

En la primera embriaguez trabé conocimiento con el carácter alado de la duda; dudar estaba en mi mismo como una indiferencia creadora. Pero el segundo intento hizo que las cosas apareciesen dudosas.

Operación dental. Curioso desplazamiento de recuerdos. Ni siquiera ahora puedo librarme de la idea de que el sitio estaba en el lado izquierdo.

Al volver a casa, como la cadena de la puerta del cuarto de baño cierra con dificultad, recelo: medida probatoria.

Se oye la tuba mirans[1] sonans, pero se apoya uno en vano en la losa funeraria.

Es sabido que si se cierra los ojos y se aprieta suavemente sobre ellos surgen figuras ornamentales sobre cuya forma no cabe influencia alguna. Originalmente están emparentadas con ellas las

arquitecturas y las constelaciones espaciales que uno ve ante sí en el haschisch. Por de pronto, resulta arbitrario cuándo aparecen y de qué guisa, ya que se presentan sin anunciarse y como el relámpago. Entonces, cuando ya están ahí, se hace más consciente la fantasía lúdica para tomarse con ellas determinadas libertades.

Puede decirse en general que la sensación de «afuera», de «exterior» va unida a otra de cierto malestar. Hay que distinguir netamente el «afuera» del anchuroso espacio de visiones que para una persona embriagada con haschisch es a lo exterior lo mismo que respecto de la calle fría es el escenario para un espectador de teatro. Pero a ratos parece que entre el embriagado y dicho espacio de visiones hay, para seguir hablando en la misma metáfora, como un proscenio a través del cual pasa otro aire muy distinto: el afuera.

Ayer se me formuló la cercanía de la muerte en la frase siguiente: la muerte está entre mí y mi embriaguez.

La imagen del teléfono automático: ciertas cosas espirituales «hablan por sí mismas», como, en ciertas ocasiones, los fuertes dolores de muelas, etc. Todas las sensaciones, sobre todo las espirituales, tienen una pendiente muy pronunciada y arrastran en su cauce a las palabras.

Ese «guiño ambiguo del Nirvana» nunca ha sido tan evidente como en Odilon Redon.

El primer daño grave que se presenta es desde luego la incapacidad de disponer sobre tiempos ulteriores. Se pone de bulto, si le seguimos de cerca la pista, el hecho sorprendente de que podemos disponer más allá de la noche y las noches, esto es que disponemos más allá de los sueños habituales. Muy difícil disponer en el haschisch más allá de los sueños (o más allá de la embriaguez).

Bloch quería tocar suavemente mi rodilla. Mucho antes de que me alcance, percibo el contacto, y lo siento como una lesión, sobremanera desagradable, de mi aura. Para entenderlo, habrá que tener en cuenta que todos los movimientos parecen ganar en

intensidad y regularidad y que en cuanto tales son percibidos como desagradables.

Repercusión: quizá un cierto desmayo de la voluntad. Pero la celeridad alada cobra ventaja al decaer el efecto ¿Tiene relación con el haschisch una dirección ascendente de mi letra que en este último tiempo (a pesar de depresiones frecuentes), y nunca antes vengo observando? Otra repercusión: al volver a casa pongo la cadena y como surgen dificultades, mi primer pensamiento (corregido en seguida) es: ¿medida probatoria?

Aunque la primera embriaguez estuviese moralmente por encima de la segunda, el clímax de fuerza sube. Se entiende aproximadamente así: la primera embriaguez aflojaba las cosas y las sacaba, seduciéndolas de su mundo habitual; la segunda las instala muy pronto en uno nuevo (muy inferior a ese reino intermedio).

Acerca de las constantes divagaciones en el haschisch. Por de pronto, la incapacidad de escuchar. Por mucho que parezca desproporcionada respecto del ilimitado bienestar frente a los otros, radica precisamente en él. Apenas ha abierto la boca nuestro compañero, ya nos ha desilusionado sin límites. Lo que dice se queda infinitamente atrás respecto de lo que, si hubiese callado, le habríamos atribuido y creído de mil amores. Nos desilusiona dolorosamente por escurrirse del más grande objeto de toda atención: nosotros mismos.

Pero en lo que concierne a nuestro propio escurrirnos, apearnos del tema de la conversación, así es más o menos la sensación que corresponde a la interrupción física del contacto: nos atrae infinitamente aquello de lo cual nos proponemos hablar; extendemos los brazos amorosamente hacia lo que nos encandila de manera intencional. Pero apenas lo hemos tocado, nos desilusiona corporalmente: el tema de nuestra atención se mustia de repente bajo el contacto del lenguaje. Envejece años, y nuestro amor lo agota por entero en un único instante. Y reposa hasta que nos parece lo bastante atractivo para volver de nuevo sobre él.

Volvamos sobre el fenómeno del espacio como buhonero: se percibe simultáneamente la posibilidad de todas las cosas sucedidas potencialmente en este espacio. El espacio le hace a uno guiños: vamos, vamos, ¿qué ha podido ocurrir en mí? Interconexión de este fenómeno con la buhonería. Buhonería y leyenda. Imaginárselo así: pensemos en una cromolitografía cursi en la pared y en cuyo marco, en la parte inferior, se recorta una acanaladura alargada. Por la banda inferior corre una cinta y en el resquicio aparecen leyendas que se relevan mutuamente: «asesinato de Egmont», «coronación del emperador Carlomagno», etc.

En nuestro intento vi con frecuencia galerías con ventanas ojivales, y una vez dije: veo Venecia, pero parece que es la parte de arriba de una calle berlinesa.

«Me siento débil» y «me sé débil» son aquí intenciones fundamentalmente distintas. Quizá sólo, la primera tenga una condensación expresiva. Pero en el haschisch casi puede hablarse de un dominio exclusivo de la segunda, lo cual tal vez explique cómo, a pesar de una «vida interior» acrecentada, se empobrece la expresión del rostro. Habrá que seguir la pista a la diferencia de éstas dos intenciones.

Además: desplazamiento funcional. Tomo esta expresión de Joël. He aquí la experiencia que me trajo a ella: en la fase satánica me pusieron en la mano un libro de Kafka: *Meditación*. Leí el título. Pero el libro se me convirtió enseguida en lo que quizás sea un libro en manos de un poeta para el escultor académico que tiene que hacer de dicho poeta una estatua. Lo ensamblé inmediatamente a la estructura plástica de mi persona, y en consecuencia quedó sometido a mí de manera mucho más brutal y absoluta de lo que la crítica más reprobatoria hubiese podido conseguir.

Pero sucedió de otro modo: como si estuviese huyendo del espíritu de Kafka, y en el instante en que me tocara me transformase en piedra, tal y como Dafne se hace yedra bajo el contacto de Apolo.

Conexión de la intención de buhonería con las teológicas más hondas. Estas reflejan a aquella turbiamente y transponen al ámbito de la contemplación lo que sólo tiene vigencia en el de la vida activa. A saber: que el mundo es siempre el mismo (que todo suceso hubiese podido desarrollarse en el mismo ámbito). Esto es en lo teorético una verdad cansada, marchita a pesar de todo (a pesar de la aguda intuición que alberga), pero se confirma sobremanera en la existencia del piadoso, para el cual todas las cosas terminan por ser *las mejores*, igual que aquí termina el ámbito de la fantasía por servir a todo *lo que ha sido*. Así de bajo cae lo teológico en el campo de la buhonería. Incluso podríamos decir que las verdades más profundas, lejos de haber superado lo romo, lo animal del hombre, poseen la poderosa virtud de poder acomodarse a lo romo, a lo común, incluso de reflejarse a su manera en el soñador irresponsable.

Ernst Bloch:
PROTOCOLO DEL MISMO INTENTO

No como nada. La energía del silencio permanece. La energía del ayuno se pierde cuando uno se ha saciado.

La embriaguez de hoy es a la de ayer como Calvino a Shakespeare. Esta es una embriaguez calvinista.

Estoy ahora en un estado de añoranza perezosa, de añoranza que se hunde. Es siempre no más que un guiño ambiguo del Nirvana. Emerge sordamente la alegoría de la paz, el mundo pastoril. Esto es todo lo que ha quedado de Ariel. Lo cual mide la relación de una embriaguez con otra.

Incluso yo, que voy por lo terreno, voy mal (deprimido), y percibo esos guiños para ver luego cuál es su poderío. Sí, es la risa. La risa es la imagen velada de Sais.

Ahora es como si algo me tomase de la mano. Hacia la hendidura buscada en la roca. Pero sólo se trata de una cita con los espíritus estropeada por la lluvia. Una Venecia con lluvia, parecida a una calle berlinesa. Pero disfruta de este estado de ánimo grávido de lluvia; miro, con la pipa, por la ventana hacia abajo. Hablo intencionadamente de manera algo florida; deben ustedes desconfiar.

Es como si le sugiriesen a uno las palabras fonéticamente. Aquí hay teléfono automático. Ciertas cosas toman la palabra sin pedir

permiso. Lo cual ocurre hasta en esferas muy elevadas. Hay una consigna sin voz con la que ahora entran ciertas cosas por la puerta.

Se hace más hondo el estado de ánimo depresivo. El miedo de perderlo y su profundización son simultáneos. Sólo soy capaz de retener la atmósfera de sensaciones de la depresión, pero no sus contenidos.

Otra vez la fuerte sensación de estar en el mal. Lo fantástico = viaje por mar, vida en la cabina: resulta claro que es el mundo visto a través del cristal. Ahora se forma un tejido y todo se une sobre un fondo negro como con puntadas mal dadas. El haschisch entreteje toda la habitación.

Interrupción (cojo como carpeta *Meditación* de Kafka). Benjamín: «Esa es la carpeta adecuada». Yo: «No podría encontrarse otra más elegante». Benjamín: «Ni mejor orientada».

Escalera en el estudio: una edificación habitable sólo para figuras de cera. Así de bien empiezo plásticamente: Piscator entero puede hacer las maletas. Tengo la posibilidad de cambiar toda la iluminación con una manivela minúscula. De la casa de Goethe puedo hacer la ópera de Londres. De ahí que pueda descifrar toda la historia universal. Se me revela en la habitación por qué colecciono cuadros de buhonería. Puedo verlo todo en el cuarto; a los hijos de Ricardo III y lo que quieren.

Hay cosas que colaboran a mi depresión al depreciarse su materia. Se convierten en maniquís. Muñecos sin existir, esperando mis proyectos, están por allí desnudos; todo en ellos es instructivo como en un fantasma. No, es así: están sin aura. A través de mi risa. A través de mi risa, están todas las cosas bajo un cristal.

Surge ahora un paso entre caballete y escalera, y por él se desliza el hálito de la muerte. La muerte, que está entre mí y la embriaguez.

Se forma un camino nevado más allá de la embriaguez. Ese camino es la muerte.

A Fränkel que baja por la escalera: se ha convertido usted en una señora. Le ha salido a usted, como si fuera una membrana, una falda entre los pies.

Al sentirse obligado Walter Benjamín: «No, no tomo nada. Incluso si con ese fin enlazan ustedes versos yámbicos, no comeré nada».

Al final: en una tarde de mayo salgo de mi castillo en Parma. Voy tan ligera, tan delicadamente, que el suelo es seda.

A mí: Siga usted siendo idéntico por un tiempo. (En la despedida).

Apéndice: cuando el doctor Fränkel quería anotar algo: «Ah!, vuelvo ahora al parque del castillo en el que anotan cada uno de mis pasos».

WALTER BENJAMIN:
PROTOCOLO DE BLOCH DEL INTENTO DEL 14 DE ENERO DE 1928

El orden de la serie está libre.

La embriaguez de hoy es a la de ayer como Calvino a Shakespeare. Esta es una embriaguez calvinista.

Estoy ahora en un estado de añoranza perezosa, de añoranza que se hunde. Es siempre no más que un guiño ambiguo del Nirvana. Emerge sordamente la alegoría de la paz, el mundo pastoril. Esto es todo lo que ha quedado de Ariel. Lo cual mide la relación de una embriaguez con otra.

Incluso yo, que voy por lo terreno, voy mal (deprimido), y percibo esos guiños para ver luego cuál es su poderío. Sí, es la risa. La risa es la imagen velada de Sais.

Ahora es como si algo me tomase de la mano. Hacia la hendidura buscada en la roca. Pero sólo se trata de una cita con los espíritus estropeada por la lluvia. Una Venecia con lluvia, parecida a una calle berlinesa. Pero disfruto de este estado de ánimo grávido de lluvia; me miro, con la pipa, por la ventana, esperando en vano. Hablo intencionadamente de manera algo florida; deben ustedes desconfiar.

Es como si le sugiriesen a uno las palabras fonéticamente. Aquí hay teléfono automático. Ciertas cosas toman la palabra sin pedir

permiso. Lo cual ocurre hasta en esferas muy elevadas. Hay una consigna sin voz con la que ahora entran ciertas cosas por la puerta.

Otra vez la fuerte sensación de estar en el mar. Lo fantástico = viaje por mar. Vida en la cabina (Bloch pregunta: ¿cómo?). Está muy claro que es el mundo visto a través del cristal. Ahora se forma un tejido. Todo se une sobre un fondo negro como con puntadas mal dadas. El haschisch entreteje toda la habitación.

Interrupción: Bloch coge como carpeta *Meditación* de Kafka. Yo: «Esa es la carpeta adecuada». Bloch: «No podría encontrarse otra más elegante». Yo: «Ni mejor orientada».

Escalera en el estudio: una edificación habitable sólo para figuras de cera. Así de bien empiezo plásticamente; Piscator entero puede hacer las maletas. Tengo la posibilidad de cambiar toda la-iluminación con una manivela minúscula. De la casa de Goethe puedo hacer la ópera de Londres. De ahí que pueda descifrar toda la historia universal. Se me revela en la habitación por qué colecciono cuadros de buhonería. Puedo verlo todo en el cuarto; a los hijos de Ricardo III y lo que quieren.

Hay cosas que colaboran a mi depresión al depreciarse su materia. Se convierten en maniquís. Muñecos sin vestir, esperando mis proyectos, están por allí desnudos; todo en ellos es instructivo como en un fantasma. No, es así: están sin aura. A través de mi risa, a través de mi risa están todas las cosas bajo un cristal.

Se forma un camino nevado más allá de la embriaguez; ese camino es la muerte.

A Fränkel que baja por la escalera: se ha convertido usted en una señora. Le ha salido a usted, como si fuese una membrana, una falda entre los pies.

Al sentirme forzado a comer: no, no tomo nada. Incluso si con ese fin enlazan ustedes versos yámbicos, no comeré nada.

Final: en una tarde de mayo salgo de mi castillo en Parma. Voy tan ligera, tan tiernamente que el suelo es seda.

Cuando el doctor Fränkel quería anotar algo: ¡Ah!, vuelvo ahora al parque del castillo en el que anotan cada uno de mis pasos.

Igualmente a Fränkel: ahora comienza el castigo por haber salido: vuelve usted todo transformado.

A cada momento tropiezo ahora con el techo que es enormemente delgado. Por tanto un impulso a la vigilia.

Caigo otra vez escaleras abajo; colmado de placer. Empieza a clarear.

Por fortuna no me falta ahora más de lo que una criada compra por veinticinco peniques en un libro de fantasías egipcias.

Estado de tedio íntimo.

Ahora no tengo ninguna fase africana, sino una celta. Cada vez hace más claro.

Con ocasión de que me exhortan digo lo que ya expuse antes: «ahora soy el maestro discente».

Algo «salpica el estado depresivo». (La contraposición de poner en vilo: salpicar).

Así me percato con exactitud de lo que me falta para la felicidad. Esta es una evidencia triste. Si, resulta muy cómico. Morir tiene un carácter imperativo muy distinto al de la última vez.

La tierra echa vaho. Grado medio. Clarificaciones de la embriaguez.

Crónicamente. Veía cómo bajábamos una escalera y nos sentíamos en cierta manera bajo tierra.

III

WALTER BEMJAMIN: *PROTOCOLO DEL INTENTO CON HASCHISCH EL 11 DE MAYO DE 1928*

Joël tomó a las […] horas […] gramos
Cannabis indicae.

Joël se presenta ante Benjamin hacia las diez y media. Antes ha dirigido, tras haber tomado, una asamblea en la Casa de Salud y en la discusión ha hablado sin trabas. Se promete un éxito muy escaso al no presentarse todavía a eso de las once ningún efecto perceptible. Se le antoja que está cambiado, aunque no lo esté para los que le observamos. La conversación parte de trabajos de Benjamin, y liega, como por sí misma, a cuestiones eróticas, esto es a documentos patológico-sexuáles (colección de Magnus Hirschfeld). Benjamin enseña a Joël un álbum con reproducciones libres. Efecto: nulo. La conversación se queda en lo meramente científico.

Por el contrario, curiosas anticipaciones miméticas en Benjamin que, con una frecuencia sorprendente y a diferencia de Joël pierde el hilo de la conversación y quiere ofrecer fuego a Joël que está tomándose un bizcocho.

Después de las once, llamada a Fränkel que promete venir. Al observador se le antoja esta conversación ni más ni menos que como factor desencadenante de la embriaguez del haschisch. En el teléfono, primer ataque (moderado) de risa. Acabada la conversación, fuerte efecto espacial, siendo de notar: el teléfono no se encuentra en la habitación de Benjamin, sino en el piso de al lado; para llegar a la habitación referida hay que pasar por una tercera. Joël desea quedarse en la habitación en la que ha telefoneado, pero está muy inseguro y no se atreve a apoyarse en un cojín en el ángulo del sofá; ocupa el centro del sofá.

Ya antes, al pasar por la habitación de en medio, un don de observación acrecentado (en relación con el habitual de Benjamin que es aquí el único módulo de comparación). Ese cuarto de paso está lleno de tipos de escritura enmarcados. Joël descubre enseguida una tabla que da a conocer que se trata de una colección para la historia de la escritura. Y al volver por dicha habitación resulta aún más sorprendente: al respaldo de una silla está bien atado un globo violeta. Benjamin ni lo ve, Joël se asusta. El foco de luz que se encuentra ante el globo se le antoja a Joël en su interior como una lámpara violeta a la que llama «aparato».

Con el tránsito al nuevo ambiente hay enseguida en la habitación de Benjamin una desorientación completa del sentido del tiempo. Los diez minutos que han pasado desde la conversación telefónica le parecen una media hora. El período siguiente se caracteriza por una espera inquieta de Fränkel. Las fases se perciben externamente en hondas y repetidas aspiraciones. Discusión acerca de la formulación de Joel: «Me he evaluado en el tiempo». Otras formulaciones: «Mi reloj anda para atrás». «Quisiera ponerme entre la doble ventana». «Podría ahora hacerse poco a poco Fränkel». Joël ve, estando junto a la ventana, a dos ciclistas: «No vendrá en bicicleta. Está demasiado lejos».

Luego una fase de profundo ensimismamiento de la que sólo pueden retenerse aquí algunas cosas. Divagación sobre la palabra «colega». Reflexión etimológica. Muy sorprendente para Benjamin,

ya que el mismo día había cavilado en silencio ocho horas sobre la etimología de dicha palabra. Procura comunicárselo a Joël. Este le rechaza rigurosamente: «No soporto esas conversaciones mediumísticas entre intelectuales».

Otras formulaciones cuya conexión no soy ya capaz de reconstruir: «¿Debo hablar al respecto de manera malthusiana?». «Eso puede decirlo toda madre con cinco hijos». (¿Puede decirse eso a toda madre con cinco hijos?). «Oponencia». «Alimentancia». «Divagación sobre los hombres salvajes». «Simetría de los hombres rústicos». (¿Tal vez relación para con el título de un periódico?)[1]. Nueva divagación sobre «una cosa media entre el emperador Kautsky». (Se refería a Benjamin).

«Siempre una casa con rayas así y en ellas figuras de candelabros (gemido hondo) Las figuras de candelabros me recuerdan enseguida algo sexual. Lo sexual tiene que ser decoroso». En este contexto la palabra «secretorium». Que yo confirme una frase suya, es algo que le arrebata tras sus palabras hacia una fase más clara. «Acabo de subir en el ascensor». Otras reflexiones: «Sólo sé algo muy formal… y ni siquiera eso». O bien: «Como ya he dicho, yo era la Iglesia». O bien: «Aquello sí que era algo… Dios mío, esto son encarnaciones de menor valor». O bien: «Vemos ahí el pedazo de oro, pero no podemos levantarlo». Se explaya detalladamente acerca de que ver y levantar son dos actos por entero distintos. Trata de ello como de un descubrimiento.

Benjamin advierte oportunamente y con buen ánimo que no se da entre él y Joël ninguna solución de contacto. Joël reacciona con una vehemencia extraordinaria: solución de contacto es para él una *contradicto in adiecto*. Luego ecolalias (¿perceptivamente?): «contacto, por tacto, con tacto en España». Esta divagación procede de una etapa anterior del intento. Otras divagaciones: reacción ante la palabra «paralelas» que deja caer Benjamin: «las paralelas se cortan en el infinito, es cosa que se ve clara». Luego una duda vivaz sobre sí se cortan o no se cortan.

Fragmento: «… Por estas cosas que debieron de ser pasos, o que lo fueron, qué se yo». Otras vacilaciones: «Eso no lo creo en absoluto, que haga usted chistes sonda; se siente usted para ello demasiado inseguro».

Después de algún tiempo me retiro cerca de Fränkel en el sofá al fondo del cuarto. A Joël le gusta mucho que me coloque allí. Fränkel está a disgusto, se levanta, y yo le acompaño fuera. Permanece ausente largamente. En su ausencia: Joël presume que estamos hablando de disponer otro intento. Pero desiste de ello. Oye un tintineo. Asocia a él un candelabro que se enciende. Cree ver que yo acompaño a Fränkel con un candelabro al cuarto de baño. A continuación, discusiones bastante objetivas. Va aclarando poco a poco.

De la fase más profunda registremos entre otras cosas: una esquina de mi escritorio se convierte para Joël en base naval, depósito de carbón, algo entre Wittenberg y Jüterbog. «Pero todo en tiempos de Waldersee». Enseguida una curiosa divagación, bella, poética, acerca de un tiempo escolar, jamás vivido, en Myslowitz. Por la tarde en la escuela, y el sol fuera sobre los campos, etc. Luego se pierde en otras imágenes: Berlín. «Hay que viajar a Oriente para entender la calle Acker».

De la fase de espera a Fränkel: «ahora me sentaría al borde de la ventana». A continuación, largo divagar sobre la palabra «amenaza». «Fränkel amenaza con venir». Joël advierte sobre otro infantilismo. En una ocasión —da igual cuál sea— siente que Fränkel vulnera una promesa que le hizo. Sin embargo «le ha dado la mano (como se suele hacer entre muchachos)».

Final del intento hacia las tres

ERNST JOËL:

PROTOCOLO DEL MISMO INTENTO

En espera de Fränkel

Después de haber telefoneado, podíamos esperar a Fränkel en veinte o treinta minutos. Desde el cuarto del teléfono fuimos a través de la habitación según el desarrollo de la escritura. Un globo infantil estaba atado al respaldo de una silla, y la silla estaba detrás de una mesa sobre la que se encontraba la lámpara. Por un momento se trastocó para mi dicha disposición, puesto que el globo estaba ante la lámpara y a través suyo bañaba la habitación una luz azul, algo así como una lámpara Sollux. Llamé al globo aparato. De vuelta en el cuarto de Benjamin, la espera se intensificó hasta ser una presión a veces fuertemente mortificante. Considerables cálculos erróneos del tiempo, que tan impresionantes fueron que por un momento creí que mi reloj iba hacia atrás. Las otras cosas (doble ventana, ciclista) están descritas en el protocolo[2]. Curiosa la intensificación que estriba en nombrar primero la doble ventana y luego su chapa exterior de cinc. En ésta actúan algunos rasgos infantiles. Para mí, por ejemplo, estaba claro que en tal situación poco sería el sitio que ocupase en el cinc; esto es, que era un crío.

Cuando en lugar de espacio universal decía «lo espacio», creía decir estilísticamente algo nuevo, acrecentando por medio de una incoherencia gramatical el carácter significativo de las cosas. Preguntaba si Morgenstern, por ejemplo, no hubiese alcanzado efectos mucho más intensos, caso de haber transpuesto lo grotesco de algunos de sus poemas en sus poemas cósmicos,

La mayoría de mis formulaciones se me antojaban desde luego audaces, pero certeras, e inauguraban para mí perspectivas inhabituales. Sin embargo mis dudas se denotaban casi constantemente en las preguntas a mi alrededor acerca de si mis manifestaciones se tenían en pie de cara a una crítica objetiva.

Vodka

Tenía la sensación de deber agasajar un tanto a Fränkel, y no es casualidad que le recomendase los diversos licores que, por razones de abstinencia, no contaban para mí, siendo además irrelevantes en cuanto a mi hambre. Resultaba notable que una botella, que indicaba vodka, me cautivase hasta tal punto que quisiera comprobar si era correcta, cosa que dudaba, la indicación según la cual se trataba de vodka auténtico. Como el tratado de Versalles había prohibido la marca Cognac para los productos alemanes, creía yo que los rusos habían protegido su vodka en el tratado de Rapallo, y me divertía mucho ver que los grandes acuerdos y tratados entre los pueblos valían para regular esencialmente las cuestiones de licores. En este asunto, es seguro que influía el hecho de que en esta visita, o en la anterior, Benjamin me había dado cigarrillos rusos auténticos.

A veces tenía la sensación de deber mediar entre Benjamin y Fränkel, aunque no era consciente de conflicto alguno.

Las condecoraciones

Fränkel me dio una caja de cartón plana y cuadrangular, llena hasta la mitad de jengibre. En el mismo momento me alcanzó Benjamin una bandejita oval con galletas. Tomé ambas cosas, y me sentía como alguien a quien los demás pagan tributo. Entonces los dos objetos me recordaron condecoraciones, especialmente la

bandeja (podría comparársela con un gran distintivo para mutilados). Fränkel y Benjamin me parecían prisioneros que (como hacían los ingleses voluntariamente en la cautividad) entregaban también de manera voluntaria sus condecoraciones como *souvenirs*. Lo curioso era que ambos perdieron en ese momento su individualidad y que, por así decirlo, sólo estaban presentes como especie, aunque con una claridad extraordinaria. Era algo humillado. Esclavitud.

Pero ninguna de esas cosas se espesaba jamás en cualesquiera realidades perdurables. Como en otros intentos, se presentaba en ciertos instantes una apariencia engañosa, que quedaba enseguida despojada de su carácter real, lo cual no perjudicaba en lo más mínimo la riqueza de relaciones, su vitalidad enorme.

La Iglesia

En un momento cualquiera me quitaron todos los alimentos que tenía en las manos. Me acordé entonces de que a la derecha, junto a mi sillón, un tanto oculta para los otros, había una bolsa con galletas. La cogí satisfecho, y en ese instante tuve un cruce tan curioso de sentimientos de martirio y bienestar que dije: «Ahora soy la Iglesia». Al expresarlo, me sentí como un canónigo gordinflón sentado en mi butaca, pero con aspecto de gran seriedad, casi de tristeza.

El depósito de carbón

Me quitaron una fuente con tarta. Creí que la colocarían en la esquina delantera del escritorio, donde se sentaba Benjamin, pero la pusieron en la mesa, para mí inasequible, junto a la cual se sentaba Fränkel. La esquina del escritorio, que yo había esperado fuese mi almacén idóneo, por así decirlo una base de mi ejército, se convirtió para mí en un cabo; el camino que la fuente tenía que recorrer

desde mí al cabo y desde el cabo a la mesa, que estaba en la oscuridad como un continente sombrío, era la curva de navegación en el mapa de una gran sociedad transatlántica. Me habían quitado un importante punto estratégico, un depósito de carbón sobre cuya importancia me extendía, irrumpiendo en la política dirigida de pequeños burgueses ilustrados con avisos locales. Me vino a la mente mi compañero de escuela Thiele que una vez, durante la lección, lanzó la siguiente exclamación: «¡Dónde está la clase media!», y que volviendo de la escuela a casa dijo de alguna personalidad política, creo que del presidente de Venezuela, que había que achicar su estatura una cabeza, terminología que era para mí entonces completamente nueva y que escuché con una mezcla de admiración y de repulsa. La distribución topográfica de los estadios de la evolución está clara en tanto que vivía en un medio infantil la importancia del depósito de carbón, viviéndola luego como conversación en un tren mixto cerca de Jüterbog (Confr. Myslowitz, donde el traslado al pasado y el retiro topográfico se hacían competencia o se combinaban).

En Myslowitz

Durante el intento, Benjamin —se sentaba en general dos pasos lejos de mí— tenía aspectos muy diversos. Cambiaba, por ejemplo, la forma y la plenitud de su rostro. El corte de pelo, sus gafas le hacían ora severo, ora amable. Durante el intento, sabía que objetivamente no podía cambiar tanto, pero la impresión respectiva era tan fuerte que la tomé como correcta.

A veces era un escolar en una pequeña ciudad oriental. Tenía un cuarto de trabado muy bonito y cultivado. Me preguntaba de dónde le venía a este joven tanta cultura. ¿Quién sería su padre? Comerciante en paños o representante de grano. En ese instante me pareció distraído y le rogué que repitiese. Su intento de repetición me parecía muy lento y le pedí explicaciones. Vi en ese

momento una tarde de verano en la pequeña ciudad oriental, muy calurosa, con el sol sobre los campos, ante la ciudad; y por la tarde en la escuela un signo de la pequeña ciudad o del pasado: lección científica por la tarde. El maestro decía: «Ea, dense prisa, que no tenemos aquí tanto tiempo». Tuve que reírme, porque esa calurosa tarde de verano parecía predestinada para tener tiempo y no se me ocurría nada que pudiese a esa hora pasar en Myslowitz.

Creo que conté entonces cómo los escolares imitan a sus maestros pedantes. Con ese don llano para la caricatura de los alumnos alemanes, exagerando sin medida: «… De veras que no tengo tiempo».

Fränkel es acompañado fuera por Benjamin

Cuando ocurrió, supuse que discutirían los dos en el vestíbulo o en el cuarto del teléfono algo sobre el intento. Lo cual se amplió enseguida: hablarían sobre mí, especialmente sobre mi carácter. Oí entonces pasos que se alejaban y un leve tintineo. Vi como Benjamin, un candelabro con velas encendidas en la mano, precedía a Fränkel y le acompañaba hasta la puerta de un cuarto de baño donde le entregaba el candelabro.

Esta representación de la escena tenía para mí algo plenamente espontáneo y natural. Si no me equivoco, me vino por las buenas a la mente que ya no vivimos en los tiempos del candelabro. Resultó interesante que Fränkel no pudiera por de pronto imaginarse en absoluto que la escena se hubiese desarrollado de hecho hace veinte años tal y como yo la había visto. En esa insuficiencia para el recuerdo vi clarísimamente el gran efecto del haschisch en relación con los retrocesos en el tiempo. A continuación tuve muy precisamente ante mis ojos una pequeña repisa colgada en el cuarto de baño y sobre ella un candelabro blanco; en una casa bien cuidada jamás faltaban las cerillas, etc.

Mientras Fränkel estuvo fuera, tuve todo tipo de extraños temores y preguntaba a Benjamin si no debíamos preocuparnos por él. Esa escena me recuerda un intermezzo en Wiesbaden en el que ya cavilé sobre un traslado al hospital (Confr. el correspondiente intento)[3].

Parte y contraparte

En esta embriaguez desempeñaban un papel prominente los vaivenes del talante, la duda entre lo significativo y lo que carece de significación, entre lo trivial y lo importante. Dije que en la vida corriente la duda es menos perfilada, más mate, más espectral, mientras que aquí la parte y la contraparte se presentan con igual acritud y compiten hasta el punto de causar tormento. Se me hizo esto patente en la imagen de los dos veleros en el Wannsee. Sería falso preguntarse: ¿cuál es el bueno? La imagen es curiosa, ya que no existe contradicción alguna entre los dos veleros. Y sólo la significación que se atribuye a cada uno de ellos podría constituirla. Algo así como dos buques enemigos vistos desde lejos y que al bogar uno hacia otro sin bandera puede tenérselos por amigos. En esta imagen se pone de bulto que el carácter de una bandera, el signo o distintivo tiene su importancia, lo cual nos lleva a que en la embriaguez el acento está tan universalmente repartido como en ningún otro caso. La enajenación de la personalidad (hablando de manera muy general) capacita para una expansión del partidismo que habría que asignar a un ser divino, o bien a una imparcialidad que quizá sea propia del animal. Si no me equivoco, Benjamin habló de un «acuerdo», expresión que aclaró mucho.

Intenté describir cómo se llega con astucia a equiparaciones de índole profunda. A saber por ejemplo, que por medio de confusiones, explicables, a ser posible de manera puramente fisiológica, y que en seguida se corrigen, quedan establecidos en una esfera más honda, como ganancia permanente de tal error,

parentescos e identidades. El error por tanto era un puente. (Veo en el protocolo de Fränkel que Benjamin habló de «compatibilidad»)[4].

A este contexto pertenece también el giro que yo estimaba tanto: «Es correcto lo que usted dice, pero yo tengo razón». Me resultaba obvio que ese «es correcto» no era una concesión cómoda, sino la intuición clara de la corrección de una opinión mantenida, y además subrayaba que la fórmula «usted tiene razón, pero yo también la tengo» tenía que poner en cuestión todo su sentido a causa del término «también».

La vuelta a casa

Por la noche, hacia las tres, vuelta a casa. El primer albor en la ribera del Hansa. Fuerte sensación de continuidad extraordinariamente venturosa: las mismas riberas más abajo, y es el Arno el que fluye entre ellas. Es la misma agua, sólo que aquí se llama Spree.

Al ir disminuyendo el estado agudo de embriaguez con sus aislamientos y restricciones, es posible que se dé otro de compenetración más fuerte con el mundo y los hombres. Es algo claramente perceptible en los intentos de los rusos.

IV

WALTER BEMJAMIN:
29 DE SEPTIEMBRE DE 1928,
SÁBADO POR LA NOCHE, MARSELLA

A las siete de la tarde, tras largos titubeos, he tomado haschisch. Por el día estuve en Aix. Anoto lo que sigue sólo para constatar si se presentan algunos efectos, ya que apenas es posible, estando solo, otro control. Junto a mi llora un niño pequeño; me molesta. Pienso que ya han transcurrido tres cuartos de hora, Pero sólo ha pasado media. Por eso… Porque prescindiendo de una modorra muy ligera no siento nada. Estoy tendido en la cama, leyendo y fumando. Siempre frente a mí esa vista sobre el «ventre» de Marsella. (Ahora comienzan a tener poder sobre mí las imágenes). La calle, que he visto tantas veces, me resulta como un tajo que ha hecho un cuchillo.

Ciertas páginas de *El lobo estepario* que leí hoy temprano, me han dado el último empujón para tomar haschisch.

Es indudable que ahora siento efectos. Primordialmente negativos, ya que me es difícil leer y escribir. Han transcurrido tres cuartos de hora (holgados). No, no parece que quiera suceder mucho.

Precisamente ahora tenía que llegar el telegrama de Wilhelm Speyer: «Trabajo novela definitivamente abandonado», etc. No hace bien que una noticia decepcionante caiga como granizo sobre una

embriaguez en curso. Pero ¿está así ésta? Por un momento fue emocionante, al pensar que ahora sube Marcel Brion. Estaba vehementemente excitado.

(Añadido al dictar: ocurrió así. Estaba en la cama con la certeza incondicionada de que en esta ciudad de cientos de miles de habitantes, en la que ninguno me conoce, nadie me molestaría, cuando llamaron a mi puerta. Nunca me había pasado aquí. No hice el más mínimo gesto de abrir, sino que me informé acerca de lo que pasaba sin alterar en absoluto mi posición. El criado: «Il y a un monsieur qui voudrait vous parler», «Faites-le monter». Latiéndome el corazón, me apoyé en el poste de la cama. Realmente sería muy curioso ver aparecer ahora a Brion. Pero «le monsieur» era un repartidor de telegramas).

Lo que sigue está escrito por la mañana. Bajo unos dolores ligeros y desde luego espléndidos, que me procuran despreocupación para no guardar del todo el orden debido. Terminé por abandonar el hotel, ya que los efectos parecían brillar por su ausencia o eran tan débiles que podía omitirse la prudencia de quedarse en casa. Primera estación, el café en la esquina Canebiére y Cours Belsunce. El que está a la derecha visto desde el puerto; por tanto, no el que me es habitual. ¿Y entonces? Sólo el cierto bienestar, la expectación de ver a gentes que vienen hacia mí amablemente. Se pierde bastante deprisa la sensación de la soledad. Mi bastón empieza a alegrarme de una manera especial. El asa de una jarra, con la que se echa el café, aparece de pronto como muy grande y así se queda. (Se vuelve uno tan tierno: teme uno que una sombra que cae sobre un papel pueda dañarle. Se desvanece la náusea. Leo los letreros de los urinarios). No me asombraría que ése y aquél viniesen hacia mí. Pero no lo hacen y no me importa nada. Pero me resulta aquello demasiado ruidoso.

En seguida cobraron vigencia las pretensiones que sobre el tiempo y el espacio tiene el comedor de haschisch. Es sabido que son absolutamente regias. Para el que ha comido haschisch, Versalles no es lo bastante grande y la eternidad no dura

demasiado. Y en el trasfondo de estas inmensas dimensiones de la vivencia interior, de la duración absoluta y de un mundo espacial inconmensurable, se detiene un humor maravilloso, feliz, tanto más grato cuanto que el mundo espacial y temporal es contingente. Siento ese humor en un grado infinito cuando en el restaurante Basso me entero de que ya no se sirve nada caliente. Entretanto tomo acomodo y me siento a la mesa para una eternidad. No por eso fue luego menos fuerte la sensación de que todo aquello era y seguía siendo resonante, visitado, vivido. Debo anotar ahora cómo encontré sitio en Basso. Me interesaba la vista sobre el Vieux-Port, vista que se tiene desde los pisos altos. Al pasar por debajo divisé una mesa libre en la terraza del segundo piso. Pero acabé por no llegar más que hasta el primero. La mayoría de las mesas junto a las ventanas estaban ocupadas. Me dirigí entonces a una muy grande que parecía haber quedado libre en ese instante. Al tomar asiento me di cuenta de la desproporción: me avergoncé de ocupar una mesa tan grande, y atravesé todo el piso hasta el extremo opuesto para tomar un sitio más pequeño que sólo desde allí resultaba visible.

Pero se comía más tarde. Primero, el pequeño bar en el puerto. Estaba a punto de volver atrás desconcertado, ya que parecía venir de allí, y hacia mí, un concierto de la orquesta para instrumentos de viento. Pude con todo darme cuenta de que no era otra cosa que el clamoreo de las bocinas de los coches. Camino del Vieux-Port, esa maravillosa ligereza y esa determinación en el paso que convertían el irregular piso de piedra de la gran plaza por la que andaba, en suelo de un camino vecinal por el que, tal un fornido caminante, marchaba de noche. Evité la Canebière a aquella hora, ya que no estaba del todo seguro de mis funciones reguladoras. En aquel pequeño bar del puerto empezó el haschisch a desarrollar su verdadero hechizo canónico con una virulencia tan primitiva como apenas la había vivido yo antes. A saber, me convirtió en un fisónomo, en todo caso en un contemplador de fisionomías; viví entonces algo por completo único en mi experiencia: devoraba

literalmente los rostros que tenía a mi alrededor y que eran en parte de destacada fealdad o rudeza. Rostros que por regla general hubiese evitado por dos razones: por no desear atraer sobre mí sus miradas y por no soportar su brutalidad. Aquella taberna del puerto era un puesto bastante alejado (Creo que el último que me quedaba de los accesibles sin peligro, de los que, en la embriaguez, hubiese medido con la misma seguridad con la que, hondamente cansado, llenaría un vaso de agua hasta el mismísimo borde sin derramar una sola gota, y como jamás se logra con los sentidos frescos). Suficientemente alejado de la rue Bouterie, pero sin que se sentase en él un solo burgués; a lo sumo un par de familias de la pequeña burguesía del vecindario junto al proletariado de los muelles. Comprendí entonces de pronto cómo a un pintor —¿no le sucedió a un Rembrandt y a muchos otros?— puede la fealdad parecerle el verdadero depósito de la belleza, mejor aún el guardián de su tesoro, la montaña partida con todo el oro de lo bello dentro relumbrando entre arrugas, miradas, rasgos. Me acuerdo especialmente de un rostro masculino vulgar, de una animalidad sin límites, en el que me conmovió de súbito la «arruga de la renuncia». Sobre todo fueron rostros masculinos los que me embelesaron. Empezó enseguida un juego que se mantuvo largamente: en cada cara nueva me surgía un conocido; con frecuencia sabía su nombre, pero a menudo no; la ilusión se desvaneció como las ilusiones se desvanecen en los sueños, a saber sin vergüenza ni compromiso, sino en paz y amigablemente como algo que ha cumplido con su obligación. En estas circunstancias no podría ya hablarse de soledad; ¿era yo mi propia compañía? Quizá, aunque no del todo a las claras. Tampoco sé si algo semejante hubiese podido hacerme feliz. Sino más bien esto otro: me convertí en mi propio alcahuete, el más vivo, el más tierno, el más desvergonzado, y atraía hacia mí las cosas con la seguridad ambigua de quien ha estudiado y conoce a fondo los deseos de su cliente. Empezó a durar una eternidad y media hasta que apareció otra vez el camarero. O más bien no soportaba yo esperar hasta que apareciese. Me fui al recinto del bar

y pagué en la barra. No sé si en aquel local se acostumbraban las propinas. En cualquier otro caso hubiese dado algo. Pero el haschisch me hizo ayer tacaño; por miedo a llamar la atención con extravagancias conseguí que todos se fijasen en mí.

Así fue en Basso al escoger el menú. Encargué de entrada una docena de ostras. Aquel hombre quería saber en seguida lo que encargaría después. Señalé algo corriente. Volvió con la noticia de que ya no quedaba. Divagué entonces en la carta por los alrededores de aquel plato, dando la impresión de querer encargarlos todos uno tras otro, ya que siempre me saltaba a la vista el nombre del de encima, hasta que por fin llegué al primero. Pero aquello no era sólo glotonería, sino cortesía declarada para con los platos a los que no quería ofender al rechazarlos. Abreviando, me quedé con un paté de Lyon. Pastel de león, pensaba, riendo chistosamente, al tenerlo ante mí bien servido en el plato; y luego con desprecio: carne tierna de liebre o de pollo, una de las dos cosas. No se le hubiese antojado inadecuado a mi hambre leonina saciarse con un león. Por lo demás había decidido para mis adentros ir a otro restaurante tras haber terminado en Basso (eran como las diez y media) para cenar por segunda vez.

Pero primero el camino hasta Basso, Paseé a lo largo del muelle, leyendo uno tras otro los nombres de los botes que estaban amarrados allí. Un alborozo incomprensible me sobrecogió entonces y me estuve riendo de la serie de nombres franceses. El amor prometido a los botes con sus nombres se me antojaba maravilloso, bello, conmovedor. Sólo ante un «Aero II», que me recordaba la guerra aérea, pasé de largo poco amigablemente, igual que en el bar del que venía tuve al final que evitar con la mirada ciertos rostros demasiado desfigurados.

Arriba, en Basso, comenzaron por primera vez, cuando miraba hacia abajo, los antiguos juegos. La plaza delante del puerto, que así es como mejor puedo decirlo, era como una paleta en la cual mi fantasía mezclaba los colores unos con otros, experimentando de múltiples modos: irresponsablemente, si se quiere, pero tal un gran

pintor que contempla su paleta como un instrumento. Me retraía a beber el vino. Era una media botella de Cassis, un vino seco. Un trozo de hielo nadaba en la copa. Pero el vino mezclaba con mi droga de manera excelente. Había escogido mi sitio por razón de la ventana abierta a través de la cual podía pasear mi mirada sobre la plaza oscura. Y al hacerlo de tiempo en tiempo, advertí que tenía propensión a modificarse con cada uno que la atravesaba, como si le compusiera éste una figura que, bien entendido, nada tiene en común con su manera de verla, sino más bien con el panorama que los grandes retratistas del siglo XVII hacen que destaque, según el carácter del personaje, de la galería de columnas o de la ventana ante las que le colocan.

Debo aquí advertir en general: la soledad de semejante embriaguez tiene sus lados sombríos. Para hablar sólo de lo físico, hubo un instante en la taberna del puerto en que una violenta presión en el diafragma buscó alivio en una especie de zumbido. Y no cabe duda de que siguió sin despertarse algo realmente bello, diáfano. Pero por otro lado la soledad tiene a su vez los efectos de un filtro; lo que se pone al día siguiente por escrito es algo más que una enumeración de vivencias-de-segundo; con sus hermosos bordes prismáticos, la embriaguez contrasta de noche con la experiencia cotidiana, formando una especie de figura y siendo más memorable que usual. Yo diría: se encoge y compone la forma de una flor.

Para ponernos más cerca de los enigmas de la dicha de esta embriaguez debemos volver a cavilar acerca del hiló de Ariadna. ¡Cuánto placer en el mero acto de desenrollar una madeja! y este placer está profundamente emparentado tanto con el de la embriaguez como con el de la creación. Seguimos adelante: pero no sólo descubrimos los recovecos de la caverna en que nos aventuramos, sino que disfrutamos de la dicha del descubrimiento únicamente al ritmo de esa ventura que consiste en devanar una madeja. ¿No es semejante certeza de una madeja ovillada con mucho arte, y que nosotros devanamos, la dicha de toda

productividad, por lo menos de la que tiene forma de prosa? Y en el haschisch somos criaturas de prosa que gozan en grado sumo. De la *poésie lyrique pas pour un sou*.

Resulta más difícil llegar a un sentimiento muy ensimismado de felicidad que se presentó luego en una plaza contigua a la Canebière, allí donde la rué Paradis desemboca en avenidas. Por suerte encuentro en mi periódico la frase siguiente: «A cucharadas se saca siempre lo mismo de la realidad». Varias semanas antes había anotado una frase de Johannes V. Jensen que al parecer decía algo semejante: «Richard era un joven que tenía sensibilidad para lo que es igual en el mundo». Esta frase me había gustado mucho. Me hace ahora posible confrontar el sentido político-racional que le había dado con el mágico-individual de mi experiencia de ayer. Mientras que de la frase de Jensen a mi entender resulta que las cosas están, como sabemos, tecnificadas por completo, racionalizadas, consistiendo hoy lo especial sólo en matices, el nuevo atisbo era muy distinto. A saber, no veía más que matices: y éstos eran todos iguales. Me enfrasqué íntimamente en el pavimento que tenía ante mí y que gracias a una especie de ungüento —ungüento mágico— con el que, por decirlo así, lo había untado, podía ser, precisamente en cuanto lo mismo y sabido, el pavimento parisino. Se habla mucho de ello: piedras por pan. Esas piedras eran ahora el pan de mi fantasía repentinamente hambrienta por saborear lo que es igual en todos los lugares y países. En esta fase, sentado yo en la oscuridad, con la silla apoyada en la pared de una casa, vinieron momentos bastante aislados de carácter maníaco. Y, sin embargo, pensaba con un orgullo enorme en que era en Marsella donde me encontraba, sentado en la calle, ebrio de haschisch; y en que muy pocos participaban esa noche en mi embriaguez. Como no era capaz de temer la desgracia, la soledad venidera, me quedaba sólo el haschisch. En este estadio por completo intermitente desempeñó un papel extraordinario la música de un local nocturno cercano cuyos sones había yo seguido. Era curioso cómo mis oídos se obstinaron en no reconocer «Valencia»

en «Valencia». Gustav Glück pasó de largo junto a mí en un coche de punto. Fue un zis-zás. Resultó cómico cómo de la sombra de los botes en el muelle se había antes descolgado de pronto Erich Unger en figura de vagabundo portuario y alcahuete. Y cuando en Basso, en una mesa vecina, descubrí otra vez una figura de literato cualquiera, dije para mí: ahora me entero por fin de qué sirve la literatura. Pero no sólo había conocidos. En el momento del éxtasis más hondo pasaron a mi lado dos personajes —bribones, horteras, qué sé yo— como «Dante y Petrarca». «Todos los hombres son hermanos». Así comenzó una cadena de pensamientos que no sé ya seguir. Pero su último eslabón era, desde luego, mucho menos trivial que el primero y quizá condujera a imágenes de animales. Por tanto, éste era un estadio distinto de aquél en el puerto del cual encuentro una breve anotación: «*sólo* conocidos y *sólo* bellezas»; a saber, los que pasaban.

«Barnabé» se hallaba en un tranvía que se detuvo brevemente ante el sitio en el que yo estaba sentado. Y la triste y desoladora historia de Barnabé no me pareció un mal destino para un tranvía de las afueras de Marsella. Lo que sí resultaba muy hermoso era lo que ocurría a la puerta de la sala de baile. Con pantalones de seda azul y una chaqueta de seda rosa brillante entraba y salía un chino. Era el portero. Por la abertura se veía a unas muchachas. No estaba yo de ánimo concupiscente. Sí que era divertido ver a un muchacho salir con una chica vestida de blanco y pensar en seguida: «Acaba de escapársele en camisa y él la recupera. ¡Vaya, vaya!». Me halagaba hasta lo increíble la idea de estar sentado allí, en un centro de libertinaje, y «allí» no significaba la ciudad, sino el pequeño lugar, no muy rico en acontecimientos por cierto, en el que me encontraba. Pero los acontecimientos se producían de tal manera que su aparición me tocaba como con una varita mágica, y yo me sumía ante ellos en un sueño. En horas semejantes los hombres y las cosas se comportan igual que los accesorios y que los muñecos de saúco que, puestos en cajas de estaño y cristal, se

electrizan al roce del vidrio y a cada movimiento adoptan unos respecto de otros las posturas más inusuales.

Llamaba yo varillas de paja del jazz a la música que entretanto sonaba y se apagaba. He olvidado con qué motivación me permití marcar el ritmo con el pie. Eso va en contra de mi educación, y no ocurrió sin forcejeos interiores. Hubo momentos en los que la intensidad de las impresiones acústicas eliminaba todas las demás. Sobre todo en el pequeño bar del puerto desapareció todo a la vez en un ruido no de calles, sino de voces, y en ese ruido de voces lo más peculiar era que, de todas formas, sonaba a dialecto. Diríamos que de pronto me pareció que los marselleses no hablasen francés suficientemente bien. Se habían parado en el grado dialectal. El fenómeno de extrañamiento que esto encierra, y que Karl Kraus ha formulado con la hermosa frase: «Cuanto más de cerca se mira una palabra, más aparta ella misma la mirada», parece abarcar aquí las cosas. En cualquier caso encuentro entre mis apuntes esta anotación sorprendida: «¡Cómo hacen frente las cosas a las miradas!».

Todo se apagó cuando volví por la Canebière y torcí por último para tomarme un helado en un pequeño café del Cours Belsunce. No estaba lejos del otro café, el primero de la noche, en el cual la súbita dicha amorosa, que me cayó en gracia al contemplar unos flecos ondulados por el viento, me convenció de que el haschisch había comenzado a actuar, y al acordarme de aquel estado, me inclino a pensar que el haschisch posee cara a la naturaleza la fuerza y el don de convicción para hacer que se repita el gran despilfarro de la propia existencia del cual disfrutamos al estar enamorados. Porque si en el primer tiempo del enamoramiento se le va nuestra existencia a la naturaleza por entre los dedos (como monedas de oro que no puede retener y que tiene que despilfarrar para conseguir así lo nuevo, lo recién nacido), en esta otra circunstancia nos arroja a la existencia con las manos llenas y sin que podamos esperar o aguardar nada.

V

WALTER BEMJAMIN:
HASCHISCH, COMIENZOS DE MARZO DE 1930

Un decurso dividido, escindido. Algo positivo: la presencia de G., quien por sus experiencias de este tipo, al parecer amplias (el haschisch era para ella de todos modos nuevo) se convertía en una potencia corroborante de los efectos de la droga. Hablaremos luego de cómo y hasta qué punto. Por otro lado, algo negativo: efecto deficiente sobre ella y sobre E., quizá provocado por el menor valor del preparado que era distinto del que tomé yo. Y para mayor abundamiento, el exiguo nido de E. no le bastaba a mi fantasía, y era para mis sueños un alimento tan malo que por primera vez mantuve los ojos cerrados durante casi todo el intento. Lo cual me condujo a experiencias que me resultaban completamente nuevas. Si el contacto con E. fue nulo, si no negativo, con G. en cambio tuve uno de coloración un tanto demasiado sensual para hacer posible un alcance intelectual bien filtrado de nuestro cometido.

Por ciertas comunicaciones posteriores de G., veo que la embriaguez fue con todo tan profunda que se me han escapado las palabras e imágenes de determinados estadios, y como además el contacto con otros es indispensable para que el embriagado alcance expresiones articuladas en concepto y en palabra, habrá que deducir de lo dicho más arriba que esta vez los atisbos no son proporcionales a la hondura de la embriaguez y, si se quiere, del

goce. Con mayor motivo, por tanto, pondré de relieve lo que aparece como médula del intento, tanto en las comunicaciones de G. como en mis recuerdos. Son comunicaciones que hice sobre la naturaleza del aura. Todo lo que dije entonces tenía una punta polémica contra los teósofos, cuya falta de experiencia y de saber me resultaba sumamente escandalosa, y planteé en tres aspectos —si bien, desde luego, de manera no esquemática— el aura auténtica en contraposición con la representación convencional, trivial de los teósofos. En primer lugar, el aura auténtica aparece en todas las cosas. No sólo en algunas, como las gentes se imaginan. En segundo lugar, el aura se modifica por entero y a fondo con cada movimiento que haga la cosa cuya es el aura. En tercer lugar, no puede, en modo alguno, concebirse el aura auténtica como un sortilegio espiritualista relamido y resplandeciente, que así es como la reproducen y describen los libros místicos vulgares. Lo que distingue al aura auténtica es más bien: el ornamento, el círculo ornamental en el que está la cosa (o la entidad) firmemente sumergida tal en una funda. Quizá nada proporcione un concepto tan exacto del aura auténtica como los cuadros tardíos de Van Gogh en los que en todas las cosas —así podría describirse dichos cuadros— está también pintada el aura.

De otro estadio. La primera experiencia que hice de la *audition coloreé*. No cogí con mucha atención el sentido de lo que E. decía, ya que mi percepción de sus palabras se transformaba inmediatamente en una percepción de láminas metálicas, de color, que se unían componiendo un dibujo. Se lo expliqué comparándolo con las bonitas y abigarradas muestras de labores de punto que cuando éramos niños tanto nos agradaban en las revistas infantiles.

Quizá sea aún más notable un fenómeno posterior conectado con mi percepción de la voz de G. Fue en el momento en que ella había tomado morfina, y yo, sin tener conocimiento alguno, fuera del de los libros, de los efectos de esa droga, le describí con todo acierto y muy penetrantemente su estado, en base —así lo afirmaba — de la entonación con la que ella hablaba. Por lo demás, este giro

—E. y G. derivaron a la morfina— fue para mí en cierto sentido el final del experimento, aunque también su punto culminante. El final, porque dada la enorme sensibilidad que provoca el haschisch, el no ser entendido amenaza con convertirse en un sufrimiento. Igual que yo sufrí porque «nuestros caminos se hubiesen separado». Que así es como lo formulé. Punto culminante, porque la sorda, pero duradera relación sensual que sentía hacia G., ahora que ella maniobraba con la jeringa (instrumento por el que tengo sobrada aversión), y seguro que bajo la influencia del pijama negro que llevaba, dicha relación, digo, se teñía ahora de negro; y quizá no hubieran hecho falta sus repetidas y obstinadas intentonas de que tomase morfina para que me pareciera una especie de Medea, de mezcladora de venenos.

Algo para caracterizar la zona de imágenes. Un ejemplo: cuando hablamos a alguien y vemos que el susodicho fuma un puro o va y viene por la habitación, etc., no nos asombramos de que, sin considerar la fuerza que aplicamos para hablarle, tengamos todavía capacidad de seguir sus movimientos. Pero el asunto debiera presentarse muy de otra manera si las imágenes que tenemos ante nosotros al hablar a ese tercero tuviesen su origen en nosotros mismos. Lo cual está naturalmente excluido en el estado habitual de consciencia. Más bien es de suponer que dichas imágenes surgen, que quizá surjan incluso permanentemente, pero que son inconscientes. No así, en cambio, en la embriaguez de haschisch. Puede tener lugar, como se probó precisamente esa noche, una producción ni más ni menos que tormentosa de imágenes, independiente de toda otra fijación, de toda orientación de nuestra advertencia. Mientras que en el estado normal las imágenes que surgen libremente, y a las que no prestamos atención alguna, permanecen inconscientes, en el haschisch parece que las imágenes no precisan, para presentarse ante nosotros, de nuestra atención más mínima. Claro que la producción imaginativa puede sacar a la luz cosas tan extraordinarias y de manera tan fugaz y apresurada que, a causa de la belleza y notabilidad de su mundo,

no logramos más que atenderlas. Y así, cada palabra de E. que escuchaba —lo formulo ahora desde una cierta destreza para imitar en estado claro las formulaciones del haschisch— me conducía a un largo viaje. No puedo aquí decir mucho más acerca de las imágenes mismas, ya que surgían y desaparecían con una velocidad atroz (y por cierto que todas ellas eran de proporciones bastante pequeñas). Eran esencialmente figurativas. Y a menudo con un fuerte empaque ornamental. Tenían preferencia cosas que poseen de suyo dicho empaque: obras de mampostería o bóvedas o ciertas plantas. Muy al comienzo formé el término «palmeras de punto» para caracterizar de algún modo lo que veía. Palmeras, así me explicaba, con trabajo de malla como el de los jubones. Y luego imágenes enteramente exóticas, ininterpretables, tal y como las conocemos en las pinturas de los surrealistas. Una larga galería de armaduras en las que no había nadie, ninguna cabeza; sino que llamas jugaban en torno a las aberturas del cuello. Mi «decadencia del arte de la repostería» desató en los otros una increíble tormenta de risas. El caso es el siguiente: durante un rato aparecieron ante mí pasteles gigantescos, de tamaño sobrenatural, pasteles tan colosales que sólo podía ver, como si estuviese ante una alta montaña, una parte de ellos. Me explayé con todo detalle en descripciones sobre cómo dichos pasteles eran tan consumados que no resultaba ya necesario comerlos, puesto que saciaban todos los apetitos inmediatamente por los ojos. Y los llamé «pan de ojos». No me acuerdo ya cómo llegué al neologismo aludido. Pero no creo equivocarme al reconstruirlo de este modo: la culpa de la decadencia de la repostería está en que hoy en día hay que comer los pasteles. Procedí análogamente con el café que me dejé servir. Un buen cuarto de hora, si no más, tuve inmóvil en la mano el vaso lleno de café, y declaré que beberlo estaría por debajo de mi dignidad, transformándolo en cierta manera en un cetro. Puede muy bien hablarse de la necesidad que tiene la mano, en el haschisch, de un cetro. Esa embriaguez no fue muy rica en grandes neologismos. Me acuerdo de un «enano-pelele», del que procuré dar a los otros una

idea. Más comprensible resulta mi réplica a una expresión cualquiera de G. que acogí con el acostumbrado desprecio sin límites. Y la fórmula de ese desprecio era: «Lo que usted está diciendo, me importa tanto como un tejado en Magdeburgo».

Fue curioso el comienzo, ya que en el presentimiento primero de la embriaguez comparé las cosas con los instrumentos de una orquesta al ser afinados antes de que empiece el concierto.

VI

Walter Bemjamin:
Sobre el intento del 7 al 8 de junio de 1930

7 al 8 de junio de 1930. Depresión hondísima por el haschisch. Sentí un enamoramiento vehemente por G. Enormemente abandonado en mi butaca; sufriendo porque está a solas con E. Pero también él, por extraño que sea, estaba celoso, y amenazaba con tirarse por la ventana si G. se separaba de él. Pero ella no lo hizo. Seguro que éstas eran las sólidas bases de mi duelo. Dos días antes, el hecho de un conocimiento fugaz que puso de manifiesto hasta qué punto se había reducido el círculo de mis actividades, y no mucho antes (me molesta el piano de arriba) la noche notable con Margarete Koppke, que insistió tanto en que yo era un niño que saqué en claro hasta qué punto pensaba, al decirlo, en lo contrario de hombre y cómo me empujaba hacia lo mío. Encontré que, al menos en tres de sus miembros, bien podía aplicárseme la fórmula de Bloch: pobre, viejo, enfermo y abandonado. Dudo que logre todavía llegar a un buen giro de las cosas. El futuro me proporciona la perspectiva más incierta acerca de mi país, de mi lugar y sitio; muchos amigos, pero voy de mano en mano; muchas destrezas, pero ninguna de la cual vivir; y no poco que obstruye el camino en mi trabajo. Era como si estos pensamientos quisieran retenerme, y esta vez lo hicieron como con sogas, así estaba yo de propenso a

ver, tras todas las injurias que G. decía, revelaciones que leía en mi rostro, y a acoger los enigmas de Koppke como datos y amonestaciones. Estoy tan triste que para vivir tengo que resignarme casi ininterrumpidamente. Pero también estaba muy resuelto a resignarme con G. Cuando bailaba, bebía cada línea que se movía en ella, y qué no podría decir yo sobre la danza y esa noche, si el mismísimo Satanás no tocase el piano allí arriba. Mientras la miraba, hablaba con la consciencia de estarle tomando a Altenberg muchas cosas de prestado; tal vez palabras y giros suyos que jamás leí en él. Intenté, mientras estaba en medio de su danza, describírsela. Lo espléndido era que yo veía todo en esa danza o, mejor aún, que veía infinitamente tanto que me resultaba claro que todo sería inapreciable. ¿Qué es la inclinación al haschisch de todos los tiempos, incluso del cafre o de no pocas palabras, pensamientos, sonidos —de África o de los ornamentos, por ejemplo— comparada con el hilo rojo de Ariadna que nos da la danza a través de su laberinto? Le dejé todas las posibilidades de transformarse en su ser, en la edad, en el sexo, y muchas identidades pasaron sobre su espalda como niebla sobre el cielo nocturno. Cuando bailaba con E. era un muchacho delgado, revestido de negro, y ambos hacían figuras estupendas a lo largo del cuarto. Ella sola se amaba mucho en el espejo. A su espalda estaba la ventana negra y vacía, y los siglos se adentraban en su marco mientras que ella con cada uno de sus gestos —así le decía yo— asía un destino o lo dejaba caer, lo ponía a su alcance para envolverse en él por entero o corría tras él, lo dejaba tirado o se inclinaba hacia él amistosamente. Lo que las odaliscas pueden hacerles a los pachás ante los cuales danzan, eso me hizo a mí G. Pero entonces irrumpió de repente esa marea de insultos que pareció atajar antes de su último y más salvaje desbordamiento, y yo tuve la sensación de que se estaba dominando, de que retenía lo peor, en lo cual probablemente no me equivocaba. Luego vino la soledad, y horas más tarde los intentos de consolarme a toda costa, pero para entonces había subido tan alto la pesadumbre en el

interior del bastión de mi sofá que ya no pude salvarme. Con lo cual se anegaron los rostros más innombrables, y no se salvó casi nada, a no ser las agujas, que flotaban sobre esa marea negra, de la torre de madera de una iglesia gótica, agujas de palo recubiertas de abigarradas láminas oscuras, verdes y rojas.

VII

E: *PROTOCOLO DEL INTENTO DEL 7 DE MARZO DE 1931*

Walter Benjamin, a las nueve horas una cápsula, y a las once el primer efecto

Está acostado, generalmente con los ojos cerrados, completamente tranquilo. A la una, fin de mis anotaciones. Un cuarto de hora, más o menos después de que se implantase el efecto, mantiene el dedo índice de la mano izquierda tieso hacia arriba y no lo cambia, por lo menos, en una media hora.

Constantemente se combaten un elemento depresivo y otro eufórico. Pero resultaba probable que no sólo fuese este conflicto el que tuviese como consecuencia la dificultad o imposibilidad (que la persona del intento sentía negativamente) para abrirse paso hasta una auténtica construcción conceptual, sino que en este caso desempeñaba un papel el efecto del eukodal que la tal persona había tomado a las diez y media (0,02 subc.). Además, es un síntoma propio de una característica general que cobren importancia una y otra vez juguetes o pinturas de niños en colores.

Benjamin comienza en vano y varias veces a ceder a la embriaguez, en lo cual desempeñaba un papel el tragaluz del dormitorio, antes que, bajo la influencia del haschish, alcanzase el azul del cielo nocturno una intensidad y una dulzura inhabituales, y

de ahí vino la explicación posterior de que la ventana tiene «algo de un corazón…».

«Molinos de viento en cuclillas de un libro infantil», las imágenes agronómicas volvieron más tarde. Hubo un excurso acerca de los «rodillos para el campo», con alusiones irónicas a la ayuda oriental. Dichos rodillos, cuya manilla de alguna manera se esconde profundamente en el grano, son manejados por un duende y activan la maduración de la semilla.

El brazo alzado, o más bien la mano «se enmascara», se recubre con papel brillante de diversos colores. Benjamín explica que el brazo es «una torre de mira —más bien torre de atisbos; las imágenes entran y salen, y a la torre no le hacen daño».

En ese estadio me telefonearon, llamándome urgentemente, por razones médicas, junto a nuestra vecina que vive en el mismo piso. Me arreglo un poco a toda prisa, me levanto, por lo cual Benjamin parece estar desgraciadísimo, y se expresa del modo siguiente: «No me dejes solo», etc. Me ausento unos diez minutos y vuelvo. Benjamin sigue en la misma postura, el dedo índice tieso extendido hacia arriba, y me insinúa que es mucho lo que he perdido.

Por posteriores comunicaciones y recuerdos de Benjamín se pone de manifiesto lo especialmente impresionante que resultó la imagen de una escalera, después de una «escalera de hielo» con un trozo en la forma espiral de una escalera de caracol de tamaño sobrenatural en cada uno de cuyos escalones y por la parte de afuera apareció una figura de colores suaves, mínima, cadenciosa, semejante a un títere del que Benjamin habló, consciente de exagerar y trivializar, llamándole «muñequito» y luego también «muñequitas». Todo ello juguetonamente, a un nivel provisional.

Vino luego un período en el que destacaban las formas vegetales. En parte, dichas representaciones estaban acompañadas por un sentimiento básicamente sádico. El papel principal lo desempeñaban árboles muy altos, delgados y de forma simétrica. No pasó mucho tiempo y los árboles se volvieron metálicos. Benjamin explicó uno de ellos poco más o menos así: la rigidez e

inmovilidad de ese árbol no es original, ya que antaño fue algo vivo, lo cual todavía se advierte en el batir de las dos grandes sombras, a la derecha y a la izquierda bajo la copa. (Por tanto, una variante en cierto modo del motivo de Dafne). Los árboles, según declara Benjamin, hacen movimientos como por resorte, se convierten en «árboles por resorte».

Benjamin designa como «heráldicos» los temas fundamentales de la siguiente serie de representaciones. En ellas aparece, para mantenerse luego largo tiempo, la imagen de superficies de agua que se mueven rítmicamente. La condición visual de espejo de los emblemas heráldicos, esa correspondencia ladeada que nos encontramos, tanto en los blasones como en los reflejos del agua, la expresa Benjamin con este verso:

«Las ondas blasonan — los blasones ondean».

Este orden de palabras fue el que, tras varias otras tentativas, acabó por satisfacernos. Benjamin daba la mayor importancia a este verso, convencido de que la misma simetría del espejo, tal y como domina en las imágenes de los blasones y de las ondas, se manifiesta en el lenguaje (y no a modo de imitación, sino en una identidad originaria con la imagen óptica). Benjamin enseña con insistencia: «quod in imaginibus, est in lingua». El agua sigue dominando el mundo de las imágenes, y la representación del mar, que era la base de la de las ondas, se retira ahora frente a la de los ríos caudalosos. El agua de éstos no aparece nunca. Porque está más que cubierta como por frutos, y más tarde por fruta, predominando las uvas que están apiladas en botes minúsculos, semejantes a tartitas, que se empujan unos a otros. Benjamin habla de «uvas balanceándose», «balanzas Zip», o también de «hortalizas balanceándose». «Todos los mares y ríos llenos de pequeñas cunas frutales». Finalmente, las formas vegetales se tornaron de frutas en guirnaldas, y se habló de una «ciencia guirnaldística».

Parece que siguió entonces un período de profundo ensimismamiento del que el protocolo original retiene esta frase: «No sólo se escucha con los oídos, sino que se escucha también con la voz». Benjamin esclarece la frase: en la embriaguez la voz no es únicamente un órgano espontáneo, sino que es además receptivo, y hablando escruta aquello de lo que habla, recibe, por ejemplo, al hablar de los peldaños de piedra de una escalera, y porque imita su propia sonoridad, las cavidades vacías de la porosa masa pétrea.

Una imagen que surge sin un contexto controlable: «redes de pescar». «Redes sobre toda la tierra, tensas ante el fin del mundo». La tierra gris y sin un solo hombre.

Sigue un período corto de imágenes orientales: «Elefantes, pagodas itinerantes. Las patas de los elefantes se mecen como pinos».

A Benjamin se le aparece un bosque. Explica, un tanto irónicamente que se habla siempre de los atractivos del bosque. ¿Pero por qué atrae el bosque? Eso es algo que se aprende con los mexicanos. «Mexicano significa ir a morir al bosque. *Por eso* les atrae un bosque».

Benjamin aclara que tiene una «mala embriaguez». Achaca a la morfina la culpa de su «desmoralización». Por desmoralización entiende una medida para él inusualmente pequeña de alcance intuitivo en la embriaguez. En consecuencia, Benjamin explica algo más tarde que no tiene «ninguna embriaguez verdadera, sino una embriaguez de pacotilla y de anuncio».

«Obras de marquetería», nariz de marquetería, y trastocando la consonante «juego de sierra funcionando»[1].

A continuación, se cuenta acerca de los rodillos para el campo.

«Excelentes temas de juego, y bien aprendidos»; más tarde: nueva característica de la embriaguez: «embriaguez de caballitos», «embriaguez adoquinada», «remilgada, afectada, con parches» —«y todo dispuesto como si fuese mazapán…—. ¿Habrá que distinguir los dulces en diversos ámbitos sensoriales?». Es patente

que hubo aquí un impulso más serio hacia el conocimiento de lo que hace posible hablar de dulces en ámbitos diversos de los sentidos y de la experiencia. Pero sólo se formuló la frase en la que quizá quede insinuada una toma de posición respecto de dicho intento cognoscitivo: «El conocimiento de lo dulce no es dulce».

«Situación en una cajita», «las imágenes quieren encerrar al hombre en una cámara solitaria, y entonces deberá ir a ellas».

Nueva característica de la embriaguez: «embriaguez masiva» (Confr. más arriba los ríos repletos masivamente de cosas iguales). A continuación: «Habría que soportar que hay muchísimos hombres como uno mismo». Esta frase no se acuñó sólo para el aspecto espiritual, sino igualmente, y tal vez más que nada, para el corporal.

«Copos de nieve…, cabezas desgreñadas… infantilmente». Benjamin describe con detalle cómo la nieve es derramada desde el cielo sacudiendo «cajitas de guata».

«Las imágenes sólo quieren fluir, y les da todo igual».

«El recuerdo es un baño».

Quizá aludiendo a la dulzura tentadora de la embriaguez, en especial a la de la morfina, se dijo luego: «Mandar propósitos a tomar vientos es una ocupación realmente deportiva».

Más tarde: «Quisiera escribir algo que venga de las cosas, como el vino de las uvas».

(Aquí, una pequeña laguna en el protocolo.)

Después describe Benjamin «una Venecia increíblemente elevada en la que no se ve mar alguno». Que el mar estuviese escondido, o más bien contenido, nos lo expuso Benjamin con sensación de triunfo. Lo subrayó con el mensaje del emblema de la ciudad: «Venetiani non monstrant marem». Sigue un rato con Venecia y habla de «lagunas encantadas, crepusculares, falsas».

«Un molino que da su queja como las gallinas ponen los huevos».

«Ciudad con jardines donde las gentes toman un poquito de haschisch». (Una especie de grande y venturosa colonia

enjardinada). «Hay que ponderar sin prejuicios las ventajas de la degustación general de haschisch».

Sigue una pequeña fantasía emparentada, como precisa Benjamin, con ocurrencias de Kubin. «Es la historia del modista de tejados que modela según una u otra forma los tejados de la ciudad».

El protocolo se interrumpe con la advertencia de que «los suizos del Papa» vienen de la «Suiza sajona».

VIII

ERNST JOËL O FRITZ FRÄNKEL: *PROTOCOLO DEL INTENTO DEL 12 DE ABRIL DE 1931* (*FRAGMENTO*)

Walter Benjamin, 0,4 gramos a las once y cuarto. (Resultó luego que la dosis no basta para conseguir una embriaguez profunda

Tras tres cuartos de hora se presentó un cierto efecto, pequeño, pero que Benjamin apoyó con fuerza. En el contexto de este protocolo resulta especialmente interesante una observación en la que se habla de una «competencia entre amarillo y verde». El motivo fue la prolongada contemplación de un trozo de papel de estaño.

«Las aureolas de los santos son balnearios de altura para los ángeles». «La Jerusalén celestial es un balneario de altura». Esto es importante. Y al revés: «Balneario es un concepto religioso».

«Si Freud hiciese un psicoanálisis de la creación, los fiordos no saldrían bien parados».

«Ciudad armada: vieja ciudad de armamentos desechados, edificada para la puesta del sol. Podría llamarse ciudad de los hombres pendencieros».

Ladra un perro. Benjamin habla de un perro mellado y explica los ladridos como una mella acústica. Contrapone al perro mellado y al

pulido. Este es un perro silencioso. (En la base está probablemente la idea: no es pulido por parte del perro ladrar.)

«Los ornamentos son las viviendas de los espíritus».

IX

ERNST JOËL O FRITZ FRÄNKEL: *PROTOCOLO DEL 18 DE ABRIL DE 1931*

A las once de la noche, Walter Benjamin, 1,0 gramos.

A las doce, risa súbita, cortos y repelidos ataques de risa.

«Quisiera transformarme en una montaña de ratones». (Naturalmente: *Parturiunt montes, nascetur ridiculus Mus*)[1].

«Esto es simulina más que haschisch». Esta observación expresaba claramente que la persona que intentaba, estaba al principio dominada por completo por la desconfianza en la calidad del preparado.

«Haremos a ese Enoch espectador de gorra de esta sesión». Al reírme yo, Benjamin advierte: «Con Amarazzim no se puede hablar».

Benjamin exclama de pronto con un giro marcadamente militar: «Alto, escribido de por vida». Este giro vuelve a encontrarse más tarde. Empieza a presentarse la confianza en la calidad del preparado. Benjamin manifiesta que se trata de un preparado para «balancearse». En lo cual hay que percatarse del compendio de dos estados de ánimo diferentes: en primer lugar, esta observación da cuenta del carácter fásico del caso, pero en segundo lugar también da cuenta de la desconfianza aun en pie en la que el balanceó se mueve en cierto modo entre la sobriedad y la embriaguez.

Benjamin observa un trozo de papel engurruñado que está junto a una botella sobre la mesita, y lo señala en un tono regocijado como «pequeño simio», más bien como «pequeño simio estereoscópico», «estereoscopito».

Conforme al carácter amable y luminoso de esta embriaguez no se manifiesta en ella esa relación voluptuosa para con la propia existencia, como es ordinario, por medio de orgullo y distancia. El encumbramiento se evalúa en una dirección contrapuesta, a saber, en cuanto ternura para con las cosas y, sobre todo, las palabras. Benjamin utiliza sorprendentemente muchos diminutivos. El caso de antes con la palabra «pequeño simio estereoscópico» resulta muy significativo acerca de cómo la embriaguez de haschisch opera una especie de escapada de las ideas en aromas de palabras, de tal modo que aquí, por ejemplo, la sustancia propia de la idea se evapora por completo en la palabra —la familia de los monos.

La desconfianza aparece de nuevo; Benjamin manifiesta que «todo esto no tiene efecto alguno»; y luego vuelve a insistir militarmente: «descansen»; ve otra vez el gurruño de papel y lo llama: «ven, pequeño simio»; «el simio simiea», «simios, simios descendientes, simios antepasados».

Benjamin indica que un perro que desde hace algún tiempo ladra en la calle es el «perro del haschisch».

La desconfianza irrumpe por última vez. Benjamin manifiesta que no siente «ni rastro de efecto, pero que diversos objetos empiezan a disponerse como si pudiese yo alcanzar algún efecto». La habitación en la que nos encontramos es designada como «habitación carente de todo encanto». Benjamin opina que «lo propio son palacios orientales, no es que yo piense en figurarme palacios, cosa que les vendría muy bien a los palacios». Luego manifiesta Benjamin que quisiera «ver algo bello».

Benjamin coge un periódico e intenta seriamente leerlo; no se ocupa, por tanto, diríamos, más que de las caras interiores de la embriaguez. De todos modos, no logra la lectura; sin que se constate si es por razones físicas o espirituales: palmariamente por

unas y otras; en cualquier caso es un centelleo el que perjudica la captación de las letras. Benjamin se siente incomprensiblemente divertido por los tópicos políticos más secos. Jugueteos irónicos con los nombres Frick y Munter. «Pu-pu-pu tranquilidad, respeto y orden».

En este momento traspasa Benjamin el umbral de la verdadera embriaguez.

«Todos los colores desaparecen de la nieve; debes tener cuidado con los colores».

Benjamin, como en otros intentos, mantiene el brazo y el dedo índice, apoyándose en el codo, tiesos hacia arriba. «Quizá mi mano se convierta lentamente en una ramita». Resulta extraordinariamente significativo que en la imaginación de Benjamin se añadiese a esta observación —si es que no se daba con ella simultáneamente— la idea de que la mano ramificada se cubriese de escarcha, idea esta última que no llegó en absoluto a expresarse en la embriaguez, sino que más bien su función consistía en un constante ir quedándose fuera, de tal guisa que puede hablarse para largos trechos de la embriaguez de la estructura técnica de una narración básica: dos miembros de una representación se disgregan para acoger, en su intervalo, toda la plétora de imágenes de una fase nueva. Por así decirlo, tenemos que habérnoslas con el «Sésamo, ábrete», dirigido a la imaginación. La imaginación misma se disgrega y da acceso libre a nuevos tesoros de imágenes. En este mecanismo, que se repite constantemente, reside uno de los momentos más intensos de placer de la embriaguez del haschisch.

«Todo ha comenzado con un ligero quizá».

«Sabandija, vete a casa».

«La chistera es la prolongación del hombre».

Benjamin se ocupa otra vez de la habitación, ahora con una disposición esencialmente más amable que antes, y la llama «habitacioncita», y dice «habitacioncita, quisiera decirte algo bonito».

En un contexto que ya no es susceptible de reconstrucción, Benjamin tiene necesidad de caracterizar una de sus observaciones como digresión. Para ello, se sirve de la expresión: «Alabeo en el barniz». Todo ello unido a una representación óptica por entero correspondiente a las palabras.

Benjamin ya no tiene duda alguna acerca de la eficacia del preparado, y manifiesta: «La firma Merck se acredita». Benjamin tiene una «plaza de armas llena de pensamientos», y dice: «La habitacioncita y el preparado hacen un campo de caballeros templarios lleno de pensamientos». Luego vuelve sobre los colores, pronunciando la palabra verde en un tono cantarín y muy prolongado (alrededor de unos veinte segundos), y dice: «verde es también amarillo».

En lo que concierne a la última observación, por de pronto no piensa otra cosa de la que dice, pero desde luego más de lo que dice. En el fondo está la vivencia de una representación, con el sonido cantarín de la «ü»[2]), de algo amarillo, simultánea con otras de algo verde. Lo mejor sería circunscribir dichas representaciones en la imagen de una pradera turgente que suelta arena amarilla por los bordes. Sobre la preservación de la palabra verde: en ella se manifiesta quizá por vez primera el intenso acento pático de la embriaguez que luego cobrará vigencia más fuerte. La vocal aspirada largamente implica, por así decirlo, que la voz se saque del sonido, igual que la representación de lo verde tiene una propiedad atractiva, seductora, que lleva más y más allá. "Como las nubes viajan por el toldo celeste, así en este estadio de la embriaguez viajaba la voz tras el sonido y la mirada interior tras las cosas. Cuando se dice, por tanto: amarillo es también verde, se quiere más o menos decir lo siguiente: lo amarillo, que emerge en este momento ante el embriagado, marcha en la misma corriente, mansa, pero irretenible, de lo verde.

«Los pensamientos de los colores son delicados, y delicadas son también las gentes noruegas y las flores: delicadas y muy ardientes». (Esta observación se caracteriza como momento de una

fase más diáfana por medio de la intervención del recuerdo asociativo, espontáneo).

Parece que comienza el estadio más profundo de la embriaguez. Comienza, con una introducción muy circunstanciada, la proclamación de misterios —una proclamación aplazada una y otra vez. Por desgracia no puede hallarse el segundo de estos misterios, ya que en ese momento se le prohibió muy enérgicamente tomar notas al autor de este protocolo. Esta actitud habla mucho en favor de la profundidad de la embriaguez, puesto que en estadios menos hondos la vanidad del embriagado se siente conmovida con agrado por el hecho de que se anoten sus palabras. El primero de esos misterios:

«Es una ley: los efectos del haschisch se dan únicamente cuando se habla sobre el haschisch».

Benjamin exige con urgencia que se cierre la ventana, sobre todo, porque se siente muy molesto por los ruidos que vienen de fuera. En este contexto sigue una especulación acerca de «buenas acciones». «Si alguien ha hecho algo bueno, quizá sea el ojo de un pájaro».

A esto hay que advertir que un paso tan corriente como característico de la embriaguez del haschisch consiste en que se habla con una especie de resignación, en que el embriagado ha renunciado a expresar lo que le mueve realmente, y en que se esfuerza por dar expresión a lo accesorio, a lo que no es serio, en lugar de dársela a lo auténtico, pero inefable; no es raro que hable con la sensación de estar haciéndose culpable de insinceridad; y lo que es curioso y precisa aclaración: lo que se expresa como por derribo puede que resulte mucho más profundo y notable que lo que correspondería a lo que «se piensa».

El roce del lápiz sobre el papel se le antoja a Benjamin «como un roce sobre seda», «pequeño roce por la cuartilla». Esta expresión se repite múltiples veces.

Benjamin manifiesta que tiene «efectos fuertes, enormes, unidos a las cosas más potentes que jamás sintiera en el haschisch». La

índole de la embriaguez le parece ahora «indescriptiblemente festiva». En este momento se le prohíbe enérgicamente escribir al autor de este protocolo, y aparece el segundo misterio. Era preponderante la representación de una plaza angosta, rodeada de casas muy altas cuyos tejados la clausuraban a manera de bóvedas. En este contexto, la sensación de una festividad sin par que procuraban esas arquitecturas habitables, muy vividas, pero vacías de gente; a esta tanda de imágenes, que por lo demás surgió breve y pasajeramente, se refiere también la observación siguiente: «Todo se cierra sobre mí». (A comparar con el círculo de representaciones de arquitecturas itinerarias.)

Benjamin manifiesta al autor de este protocolo su deseo de que no le tutee. Motivación: «Yo no soy yo, soy el haschisch en ciertos momentos». En este estadio también los fenómenos físicos son especialmente fuertes. «Las piernas como atadas una junto a otra», «espasmo», y a continuación: «Espasmo Semper Jugendland», que Benjamin caracteriza como «novela epiléptica».[3]

La frase que sigue ahora: «Los pensamientos importantes deben ser transpuestos largo tiempo en el sueño», podría referirse a la demora, ya aludida, en la expresión de lo que se piensa, demora que a menudo puede llevar, según hemos dicho, a sofocarlo por entero. El tercer «gran» misterio sigue en una «fase profunda en la que casi desciendo de manera espontánea y muy, muy hondo». Se trata, de hecho, de un resumen del carácter básico de esta embriaguez. Queda designado como el misterio del viaje. Tal viajar no tiene en el fondo ningún movimiento adecuado a una meta, ninguna espontaneidad, sino sólo un inescrutable ser arrastrado. Viajar es un estado pático que podríamos ilustrar con las nubes, caso de que lográsemos seguir su cortejo con la sensación de que no arrastran, sino que son arrastradas.

«El color no necesita sino sombrear».

«Nadie podrá entender esta embriaguez; la voluntad de despertar ha muerto»

Benjamin rechaza el chocolate que le ofrecen con estas palabras «comer es propio de otro mundo»; está «separado de la comida por una pared de cristal».

«Velos ante un rostro que es él mismo un velo, cosa ésta demasiado celestial para seguir comentándola, cosa que sólo el haschisch conoce».

Advirtamos que esta aparición de un rostro velado, que no es él mismo sino un velo, es tan sensible que pasados los días aún está ante Benjamin. Era una testa pequeña, oval; tras el velo había otra vez velos conformados rigurosamente a un rostro, y esos velos no caían sosegados, sino que se movían suavemente como agitados por un hálito.

«Todos los ruidos se hinchan de por sí hasta convertirse en paisajes». Suspiro, y Benjamin observa: «Suspirar equivale a perspectiva; ya hemos suspirado muchas perspectivas». (La lejanía estaba ante sus ojos como aspirada. La lejanía se acerca al aliento en la medida en que se aleja de la mirada.) Se plantea entonces el problema de la conjunción de los sentidos y de hasta qué punto alcanzan los mismos o distintos niveles.

El talante se muda bruscamente. Benjamin exclama de pronto: «¡Embriaguez, vuelta!», y manifiesta repetidas veces riéndose que se encuentra en un «súbito talante de opereta». La consciencia de la intensidad de la embriaguez está presente, lo cual se notifica en la observación de que «la embriaguez puede durar treinta horas».

El brazo y el dedo índice siguen, sin apoyo alguno, tiesos hacia arriba, y mantenerlos así es «el nacimiento del reino de Armenia»[4].

Antes, al levantar el brazo: «ahora nos dedicaremos a los horóscopos»; el brazo levantado parece un telescopio.

Benjamin se duerme de pronto (a la una y cuarto).

X

FRITZ FRÄNKEL:
PROTOCOLO DEL INTENTO CON MESCALINA DEL 22 DE MAYO DE 1934

Walter Benjamin, 22-3-34.

A las diez recibe en el muslo subcutáneamente veinte gramos de Mescalina Merck.

El primer período de la reacción se caracteriza por los talantes. Pasados diez minutos se presenta un cambio de talante en el sentido del disgusto. Fränkel abandona por poco tiempo el cuarto, que entretanto había quedado a oscuras; y Benjamin sigue a solas junto a la ventana abierta.

Al regreso de Fränkel describe con las siguientes palabras su impresión de la ventana: «Si sintiese, ya muerto, añoranza por algún objeto cualquiera de la vida anterior, por ejemplo por esta ventana, se me aparecería tal y como ahora la veo. Los objetos muertos y presentes pueden despertar una añoranza que no se conoce más que al mirar a una persona que se ama».

En el tiempo que sigue se corrobora el mal humor de manera considerable. Externamente se expresa en manifestaciones motrices bastante desarregladas como dando vueltas de manera

inquieta, moviendo intranquilo brazos y piernas. Benjamin está apabullado y se lamenta por su estado, por la indignidad de ese estado. Dice de él que es «mala educación». Intenta una deducción psicológica de la mala educación; la designa como «mundo nebuloso de los afectos», y con ello quiere decir que en un estadio anterior de la vida los afectos no se destacan con nitidez unos de otros y lo que más tarde se tendrá por ambivalencia constituye la regla; habla también de la sabiduría de la mala educación y procura acercarse a este fenómeno explicando que la verdadera razón de la mala educación es el fastidio del niño por no poder hacer magia. La primera experiencia que el niño hace con el mundo no es que los adultos son más fuertes, sino que él no puede hacer magia.

Durante este tiempo se desarrolla en un grado constantemente creciente una sensibilidad enorme respecto de los incentivos acústicos y ópticos. A la vez que se manifiesta críticamente que las condiciones de este intento son desfavorables. Semejante intento debiera ocurrir en un bosque de palmeras. Además, para Benjamin es demasiado pequeña la dosis recibida: una idea que surge una y otra vez en el curso del intento y que en ocasiones expresa un enfado vehemente.

Al tomarle el pulso, se muestra Benjamin atrozmente sensible al más ligero contacto. (El pulso, sin alteraciones.) A lo largo de la conversación sobre tal sensibilidad, o al menos en conexión con ella, cobra una fuerte importancia el fenómeno de las cosquillas. Intento de explicar las cosquillas como un venir miles sobre uno; la risa es defensa.

Una consideración, que sigue a otras enervaciones y a otro mundo de temas, es claro que pertenece a un estadio más hondo de la embriaguez, y además se va modificando mientras dura. Esa mudanza en el temple de Benjamin se hace perceptible en consideraciones sobre el acariciar, el retrasarse y el peinar. Todos estos modos de comportamiento se asocian más o menos estrechamente a la naturaleza de la madre. Acariciar: hacer que no haya sucedido lo sucedido, lavar la vida en el flujo del tiempo. Este

es el auténtico reino de la madre. Peinar: el peine saca por la mañana los sueños de los cabellos. Peinar es también trabajo de la madre. (La madrastra peina con un peine envenenado: Blancanieves). También en el peine hay un consuelo y un hacer que no haya sucedido lo sucedido. Luego el retrasarse: la consideración pasa aquí de la madre al hijo; el retraso del niño, su cachaza: le saca los flecos a las vivencias, las ovilla; por eso es el niño tan lento. Morosidad: así podría llamarse a la mejor parte de su sentimiento de dicha. Contrapuesto a este mundo surge a veces lo masculino, simbolizado como verja. «Porque la orla se asienta y la verja se alza».

Al cerrar los ojos con fuerza se niega la aparición de imágenes en color. Por el contrario, Benjamin ve ante sí lo ornamental que describe como una ornamentación capilarmente fina. Recuerda un poco a la ornamentación que se encuentra en los remos polinésicos. También en la conversación cobran vigencia tendencias ornamentales. Benjamin da pequeñas muestras. En este contexto se llama al estribillo orla con dibujos de la canción.

Benjamin hace observar que ve cómo su mano se vuelve de cera al prender una cerilla.

Se da la luz y se exhiben láminas de Rorschach. Por de pronto son rechazadas por insoportables. «Es el cosquilleo mismo».

Entretanto surge de nuevo el talante del fastidio, del disgusto. Benjamin reclama otra vez las láminas de Rorschach para sobreponerse a ellas.

La VII se interpreta como un 7 sobre un 0. (Como antes, también ahora se rechaza ciertas láminas; en parte advirtiendo: «Ya la he rechazado antes». La VII es considerada como estéticamente muy valiosa: Cuando Fränkel la acerca algo más desde la distancia, dice Benjamín: ¡No más cerca! No puedo tocarla. Si la toco, ya no podré decir nada más. Para ilustrar la interpretación del 7 sobre el 0, coge Benjamín un papel y escribe: «el 7 está sobre el 0». Durante largo tiempo, y con independencia de las láminas de Rorschach, sigue

una ocupación con la escritura que comienza con la observación de Benjamin sobre que escribe infantilmente.

La II se interpreta como mujeres yukutas que se agarran unas a otras; la I como dos perros de lanas de los cuales el delantero desaparece; ahora se desarrolla un tercer perro de lanas.

La VII gris-azul: pelícano-corderillo, un corderillo lanudo.

Luego de esta interpretación, el dibujo de la nana.

Benjamin advierte sobre su forma de embrión. En el dibujo se encuentran múltiples formas embrionales (dibujos 1 y 2).

La III se interpreta como cuatro Parcas. Para ello, un caligrama en el que ha de representarse con cada una de las palabras la naturaleza de las brujas (dibujo 3).

Caligramas realizados por Benjamin en embriaguez de mescalina

Schäfchenlied Ist der Rahmen Schreiblied ist das Gedicht

Schreib
mein
Schäfchen
schreib

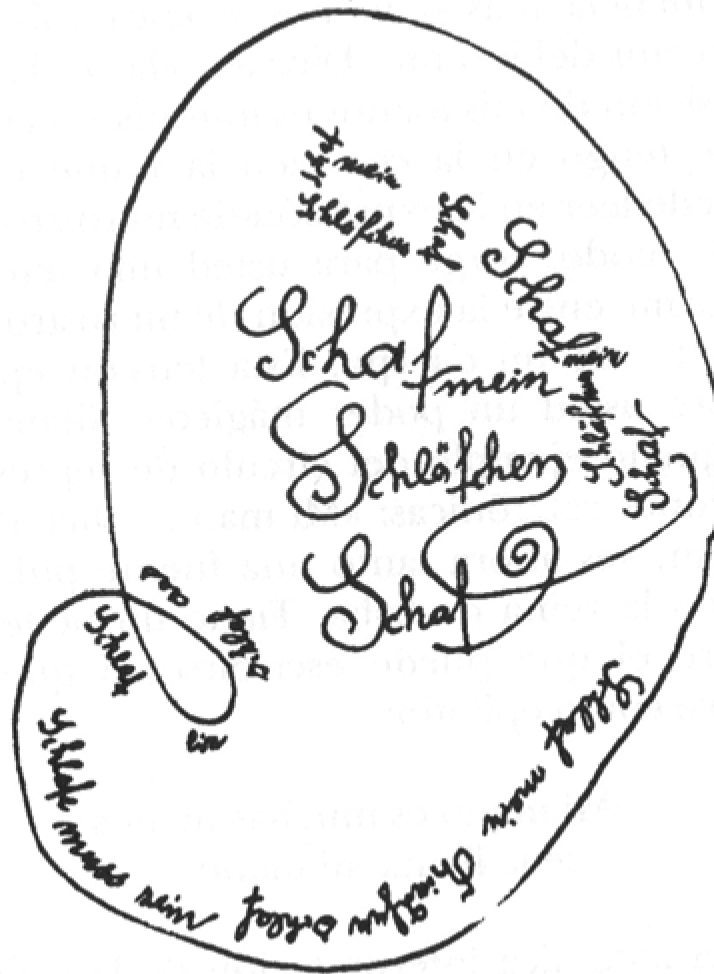
schlaf mein Schäfchen schlaf

Richtigen Hexen

richtigen Hexen

richtige Hexen

richtigen Hexen



Oscuridad renovada. En el curso del siguiente período del intento, que constituye el estadio más profundo de la embriaguez, aparecen posiciones de manos muy peculiares. Benjamin, que está acostado, mantiene el antebrazo extendido, la mano lánguida y los dedos algo agarrotados. Entretanto cambia la posición de tal manera que la mano queda mantenida hacia arriba. Cada posición se mantiene a menudo largo tiempo, hasta diez minutos. A la observación de este fenómeno une Benjamin importantes discusiones sobre la comprensión de la actitud catatónica. Benjamin interpreta de un lado la esencia de la catatonía, y de otro lado la ilustra relacionándola con determinados círculos actuales de representaciones. Hace observar por de pronto que no hubiese podido constatar sin sorpresa al abrir los ojos que sus manos

estaban en realidad de otra manera a como pensaba que estarían. A lo cual vincula una explicación muy curiosa acerca de su influencia más o menos mágica sobre el director del intento. Dice así: «la verdadera posición de mis manos es muy distinta de la que tengo en la consciencia y que usted puede leer en la expresión de mi rostro. De este modo, surge para usted una tensión enorme entre la expresión de mi rostro y la actitud de mi cuerpo. Esta tensión ejerce sobre usted un poder mágico». Sigue un pequeño ejemplo del círculo de representaciones catatónicas: "Mi mano —dice Benjamin— es ahora tanto una fuente pública como la reina de Saba. Tiene un pedestal sobre el que puede escribirse lo que se desea como epitafio:

> «Mi mano es muchas manos
> y se la llama mi mano».

La auténtica interpretación de la catatonía es la siguiente: Benjamin compara la posición fija de su mano con el contorno de un dibujo que el dibujante ha determinado para siempre. Y así como a ese dibujante le resulta posible modificar siempre de nuevo o matizar su dibujo por medio de innumerables cambios en el sombreado, así también es posible para el catatónico alterar, por medio de cambios minúsculos en la enervación, los círculos de representación unidos a su actitud. El extraordinario ahorro en la economía de este proceso constituye una ganancia de placer. Y es este placer ganado el que le importa al catatónico.

Un determinado gesto de Benjamin despierta la atención de Fränkel. Benjamin deja deslizarse muy lentamente sobre su rostro, pero manteniéndolas a gran distancia, sus manos alzadas que no se tocan entre sí. El director del intento explica más tarde haber tenido entonces una representación forzosa de lo que es volar. Benjamin se lo aclara de la manera siguiente: esas manos apretaban una red,

pero no era sólo una red sobre su cabeza, sino sobre el espacio universal. De ahí la representación del vuelo en Fränkel.

Exposiciones sobre la red: Benjamin propone variar la cuestión hamletiana (bastante irrelevante): ser o no ser, en esta otra: red o abrigo, he aquí el problema. Explica que la red sirve para el lado nocturno y para todo lo horrible de la existencia. «Horror», explica «es la sombra de la red sobre el cuerpo. En el horror, la piel imita una malla». Esta aclaración sigue a una sensación de horror que le recorrió a Benjamin el cuerpo.

A la pregunta de si Fränkel puede irse a casa, surge una situación de duda y desesperación. La respiración se hace más fuerte, los gemidos son frecuentes, mueve los hombros como a tirones vehementes, fenómenos todos que ya habían aparecido antes en un estado semejante. Fränkel decide quedarse, lo cual nada cambia en la tristeza desconsolada de Benjamin. Dice que la tristeza es un velo que cuelga inmóvil y que añora un hálito que lo airee.

Se comienza con un chiste: Elisabeth no descansará hasta que se haga del archivo de Nietzsche una casa de guardabosque[1]. La imagen de la casa del guardabosques tiene para Benjamin una plasticidad extraordinaria. En el curso de sus relatos aparece ya como escuela, ya como infierno, ya como burdel. Benjamin es un poste empedernido, olvidado en la barandilla de madera de la casa del guardabosques. Piensa en alguna talla en la cual entre sus ornamentos se encuentran formas animales y explica que es un descendiente venido a menos del árbol totémico. La casa del guardabosques tiene algo de esas construcciones rojas de ladrillo que con un rojo sangre, especialmente oscuro, resplandecen en las láminas de modelar. Tiene, además, también algo de las construcciones que se hacían con los juegos de arquitectura «Anker». Entre las grietas de los bloques de piedra de las paredes crecen mechones de pelo.

La casa del guardabosques fue, junto con la red, la representación de imágenes más intensa. Patas de gamuza en la

casa del guardabosques: Benjamin se refiere con la mayor energía al gallito y al polluelo en la montaña de nueces y a la chusma, ya que en todos esos relatos aparece la casa del guardabosques.

Observación ocasional acerca de que lo mejor para consolar a los niños son los dulces. Estos dulces aparecen de nuevo en la consciencia al decirse, en el curso de una postura catatónica, que la mano está rociada de azúcar. A continuación, se revela el misterio de Pedro el Desgreñado[2] revelación que tras anunciaciones cada vez más solemnes se le escatima a Benjamin. (Castigo por la dosis escasa.)

El misterio de Pedro el Desgreñado: esos niños son todos mal educados sólo porque nadie les regala nada. Pero el niño que lee el cuento es formal, porque desde la primera página ha recibido ya mucho de regalo. En esa primera página cae del cielo oscuro una pequeña lluvia de regalos. A chaparrones cae sobre el niño un aguacero de regalos que le velan el mundo. Un niño debe recibir regalos, porque de lo contrario acabará como los niños del cuento de Pedro el Desgreñado: muriendo, malográndose o escapando lejos. Este es el misterio de Pedro el Desgreñado.

Entre otras observaciones: los flecos son importantes. En los flecos se conoce el tejido. Majaderías de lana.

WALTER BEMJAMIN:
APUNTES SOBRE EL MISMO INTENTO

Naturaleza de la madre: hacer que no haya sucedido lo sucedido. Lavar la vida en el flujo del tiempo,

Labores femeninas: hacer orlas, hacer nudos, trenzas, tejer.

«Red o abrigo —he aquí el problema».

Horror: sombra de la red sobre el cuerpo. En el horror la piel imita una malla. Pero la red es red de mundos: en ella está preso el mundo entero.

Retraso: el retraso del niño, su cachaza: sacan los flecos a las vivencias, las ovillan. Por eso son los niños tan lentos. Morosidad: así podría llamarse a la mejor parte de ese sentimiento de dicha. Fausto experimenta su primer horror con las madres; luego, llega el instante en que se hace el moroso. El instante le sorprende en medio del trabajo masculino. Es el instante en que la madre se lo lleva a casa.

Dos clases de material para tejer: vegetal, animal. Mechones de pelo, penachos de plantas. El misterio del pelo: en la frontera entre animal y planta. De las grietas de la casa del guardabosques crecen mechones de pelo.

La casa del guardabosques (ha hecho una casa de guardabosques del archivo de Nietzsche). La casa del guardabosques es de piedras rojas, Yo soy un barrote de la barandilla de su escalera: un poste

empedernido, olvidado. Pero no es el árbol totémico, sino sólo una miserable reproducción. Pata de gamuza o pezuña de caballo del diablo; un símbolo vaginal.

Red, abrigo, orla y velo, tristeza, el velo que cuelga inmóvil y que añora un hálito que lo airee.

Ornamentos capilarmente finos: también esos dibujos vienen del mundo del tejido.

Poema sobre la mano: esta mano / es muchas manos / y se la llama / mi mano. Tiene un pedestal sobre el que puede escribirse lo que se desea como epitafio. Está en cualquier sitio distinto de aquél en el que creo se encuentra. La mano del catatónico y su placer: al mínimo cambio en la enervación une el cambio máximo de representaciones. Ese ahorro es su placer. Es como un dibujante que ha trazado para siempre el contorno de su dibujo y que por medio de millones de nuevos sombreados saca de él imágenes nuevas.

La mala educación es el fastidio del niño por no poder hacer magia. Su primera experiencia del mundo no es que los adultos son más fuertes, sino que él no puede hacer magia.

El placer en todo ello está en sentir llegar las fases.

El misterio de Pedro el Desgreñado: esos niños son todos maleducados porque nadie les regala nada; por eso el niño que lee el cuento es formal, porque desde la primera página ha recibido ya mucho de regalo. Del oscuro cielo nocturno cae una pequeña lluvia de regalos. En los mundos infantiles llueve sin cesar. En velos, que son como velos de lluvia, caen sobre el niño regalos que le velan el mundo. Un niño debe recibir regalos, porque de lo contrario acabará como los niños del cuento de Pedro el Desgreñado: muriendo,

malográndose o escapando lejos. Este es el misterio de Pedro el Desgreñado.

XI

WALTER BEMJAMIN: *NOTAS SIN FECHA*

Primera equivocación absolutamente mínima punto seis. Pasa un coche matraqueando. Dos pinos parecen brincar juntos.

Un cierto apaciguamiento.

Si hablase, todo sería probablemente más claro, ya que es tanto lo que se prende en el «yo te quiero».

Actuar es un medio para
soñar
Meditar es un medio
para estar despierto.

Lo que es calma
más magnánimo en los ritmos

El paso de un hombre que se marcha es el alma de la conversación que mantenía.

Siempre el mismo mundo — y sin embargo uno tiene paciencia.

La fantasía se vuelve civilizadora — Ojalá tuviese otra vez las alegres comadres de Windsor

En la niebla berlinesa

Los cuentos berlineses de Gottheil:
Oh columna de la victoria puesta en marrón al horno
Con azúcar de niebla en jardines de invierno
[*]Y cañones franceses sobresalen por encima
De mis preguntas.
Barbarossa 1771

He visto por qué si uno se esconde en el césped puede pescar en la tierra.

Cada imagen es de suyo un sueño,

je brousse les images (…)

Notas

[1] El nombre de la ciudad de Braunschweig está puesto en el texto en juego con moreno (*braun*) y silencioso (*schweigend*). *[N. del T.]* **<<**

[1] Joël y Fränkel, «Der Haschisch-Rausch», *Klinische Wochenschrift*, 1926. **<<**

[2] Johannes V. Jensen, *Exotische Novellen*, pág. 41, Berlín, 1919. **<<**

[3] Karl Kraus, *Pro domo et mundo*, pág. 164, Leipzig, 1919. **<<**

[1] Benjamin asumió dos veces la anécdota de Potemkim de *Anécdotas* de Alexander Puschkin: al comienzo del ensayo «Franz Kafka» (en *Angelus Novus* pág. 91, Barcelona, 1971) y en el relato «Die Unterschrift» («La firma») publicado primero, en agosto de 1934, en un diario de Praga, y un día más tarde del mismo mes y del mismo año en la *Frankfurter Zeitung*. Se encuentra además en *Spuren* (*Huellas*) de Ernst Bloch, bajo el título «La firma de Potemkin». *[N. del T.]* **<<**

[2] Walter Benjamin, *Ursprung des deutschen Trauerspiels* (*Origen de la tragedia alemana*), pág. 78, Frankfurt, 1969. **<<**

[3] «El paseo»: «Con alas que dudan / se acuna la mariposa sobre el trébol arrebolado». **<<**

[1] *Sic* en el texto *[N. del T.]* **<<**

[1] Se trata de un periódico, *Vossisehe Zeiiung*, que llevaba en el título el blasón de Prusia en cuyo escudo se apoyan, en actitud simétrica, dos portaestandartes medio desnudos y musculosos. *[N. del T.]* **<<**

[2] Se refiere al Protocolo de Benjamin. **<<**

[3] No hay ninguna anotación entre íos textos postumos de Benjamin; probablemente no tomó éste parte en dicho intento. **<<**

[4] Ese protocolo ha desaparecido **<<**

[1] Juego de palabras: *Laubsagearheiten*, trabajos de marquetería; *Laubsdgenase*, nariz de marquetería; *Laufsdgespiel*, juego de sierra funcionando *[N. del T.]* **<<**

[1] Horacio, *De arte poética*, V, 139. **<<**

[2] En alemán, verde: *grün [N. del T.]* **<<**

[3] Alusión a la novela autobiográfica de Otto Ernst, *Asmus Sempers Jügendlan*. **<<**

[4] En alemán, brazo: *Arm*; Armenia: *Armenien [N. del T.]* **<<**

[1] La famosa hermana de Nietzsche, manipuladora de su archivo, se llamaba Elisabeth Forster: en alemán, guardabosques: *Forster [N. del T.]* **<<**

[2] *Der Struwwelperter* cuento muy popular de Heinrich Hoffmann que toma el título del nombre del protagonista de uno de sus episodios, «Pedro el Desgreñado». *[N. del T.]* **<<**

[*] *Mozos de mudanza*

berlineses y humoristas

Escrito al margen izquierdo en vertical junto a esta línea. *[N. del editor digital]* **<<**